

**EL NACIONALISMO
Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA
DECADA DEL 30**

GEORG FROMM

GEORG FROMM (Ph.D.) es Catedrático de Filosofía del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y director del Seminario de Filosofía. Entre sus publicaciones sobresale el libro *César Andreu Iglesias. Aproximación a su vida y obra*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977. Actualmente trabaja en un libro titulado *Ciencia, filosofía y materialismo en La ideología alemana* de Marx y Engels.

NOTA DE LOS EDITORES

El nacionalismo que nutrió la revolución francesa y el romanticismo fue la bandera de lucha de muchos de los que reclamaban voz y poder en la Europa del siglo XVIII y el XIX. Fue parte de una ideología revolucionaria que ayudó a desbancar el estado feudal y sentar las bases del nuevo orden capitalista. Pero aun en su hora triunfal no fue un antídoto seguro contra nuevas desigualdades y desequilibrios económicos, sociales y políticos.

Desde entonces el nacionalismo ha sido foco de largos debates en todas las latitudes. En nuestro caso, han destacado las valoraciones tajantes de José Luis González, particularmente sus juicios en torno al nacionalismo de Pedro Albizu Campos recogidos en el libro de Arcadio Díaz Quiñones, *Conversación con José Luis González* (Río Piedras, Ediciones Huracán, 1976).

Entre las polémicas que desató su publicación sobresalió el intercambio de argumentos nacionalistas y marxistas entre Benjamín Torres y Georg Fromm. En vista de que éste apareció fragmentado en varios números de un semanario, *Op. Cit.* republica la versión completa del profesor Fromm para beneficio de los estudiantes e historiadores que la procuran con poco éxito en algunas bibliotecas del país. Así se apreciará mejor el conjunto y la intención que los motivó. No se trata de la defensa indiscriminada de las ideas de José Luis González ante unos ataques espúreos sino de un examen crítico total en el que las simpatías no excluyen los señalamientos discrepantes. En particular, Fromm recalca que la crítica del nacionalismo no debe llevar a la exaltación acrítica de los comunistas. Es discutible la relación entre el nacionalismo y el comunismo pero lo indiscutible es la necesidad de examinarlos y cuestionarlos con rigor y seriedad.

Dada la ausencia de ensayos históricos críticos sobre el nacionalismo puertorriqueño contemporáneo, el trabajo de Georg Fromm sugiere premisas, hipótesis, conceptos, y fuentes indispensables para un estudio futuro más ambicioso. Es igualmente esclarecedor de la naturaleza de la relación entre el nacionalismo y el movimiento obrero y del alcance de la

participación del Partido Nacionalista en la huelga cañera de 1934. Es también muestra de que el historiador puede simpatizar con una corriente histórica y ser a la vez su crítico más severo, sin necesidad de recurrir al triunfalismo raspante y a la falsificación o mutilación de las fuentes.



I

HISTORIA-FICCION DE BENJAMIN TORRES¹

Benjamín Torres concluye su artículo de réplica a José Luis González² con el siguiente comentario: "Pues escribir o 'conversar' sobre la historia de la Patria no es como escribir un cuento."³ Me sorprende el tono despectivo del comentario, totalmente gratuito; si bien es perfectamente legítimo criticar y refutar los planteamientos de José Luis González, hay que estar cegado por el rencor o el fanatismo para cuestionarle su seriedad e integridad intelectual.

El comentario me sorprende, además, por otro motivo: pues si alguien cultiva asiduamente el género del "cuento" es el propio Benjamín Torres en su artículo de réplica. Veamos algunos ejemplos del peculiar arte de Benjamín Torres.

Para refutar algunos planteamientos de José Luis González, Benjamín Torres trata de demostrar en su artículo que, bajo la

¹ Corresponde al primero de los artículos publicado en *Claridad*, suplemento *En Rojo*, 3 de junio de 1977.

² Benjamín Torres, "La *Conversación* de José Luis González", 1ª parte, *Claridad*, suplemento *En Rojo* (del 29 de abril al 5 de mayo de 1977), págs. 12-13; 2ª parte, *Claridad, En Rojo* (del 6 al 12 de mayo, 1977), págs. 12-13.

³ *Ibid.*, 2ª parte, p. 13.

dirección de Albizu, el Partido Nacionalista desarrolló una concepción radical no sólo de la lucha por la independencia sino también de la lucha social y económica, al punto de aproximarse a planteamientos de carácter socialista y ganarse, por ello, el respeto y la admiración de los comunistas puertorriqueños. Torres aduce, por ejemplo, la siguiente evidencia en apoyo de su tesis:

No cabe duda que la misma lucha iría obligando al Partido Nacionalista a ir superando sus limitaciones. Efectivamente, luego de la Masacre de Río Piedras, ocurrida el 24 de octubre de 1935, el Partido Nacionalista celebró una asamblea general en Caguas. Una de las resoluciones discutidas en la asamblea "proponía que al constituirse la república, la propiedad privada fuese abolida" [*El Mundo*, 9 de dic. 1935]. Y el titular del semanario nacionalista *La Palabra* del 16 de diciembre de 1935, que reseña los pormenores de esta asamblea, dice: "El Nacionalismo comprometió, por unanimidad, a la República a expropiar los latifundios en beneficio del proletariado". Fue esta nueva concepción vertical y sincera del nacionalismo la que se ganó el respeto de los comunistas puertorriqueños: "Queremos hacer constar enfáticamente que casi todos los comunistas estamos en perfecto acuerdo con los nacionalistas puertorriqueños a quienes consideramos los únicos independentistas sinceros y valientes. Con ellos cooperaremos siempre, y esperamos poder probarles en todo momento que por ese fin común, supremo para ellos, nosotros también peharemos con todas las armas, sinceramente, valientemente. Y aún más, nosotros esperamos que por la lógica de las fuerzas económicas en juego, el Partido Nacionalista de Puerto Rico está llamado a evolucionar hacia una política económica socialista, que defienda francamente las masas trabajadoras, contra la explotación de la burguesía nativa... esta burguesía nativa que es en verdad el peor enemigo de la independencia de Puerto

Rico" [José Lanauze Rolón, *Por qué somos comunistas*, 1933, pág. 22].⁴

Esta argumentación parece -a primera vista- impresionante: pero no resiste el más leve examen. Se trata, en realidad, de una historia ficticia, de una ingeniosa construcción artificial que tergiversa profundamente la realidad histórica.

El verdadero destino de la resolución

Torres utiliza una resolución sobre la abolición de la propiedad privada presentada en la asamblea de 1935 del Partido Nacionalista como evidencia de que dicho partido está desarrollando una concepción social más radical. Pero para poder utilizar esta resolución como un índice del desarrollo ideológico del Partido Nacionalista, es necesario contestar primero las siguientes preguntas: ¿En qué contexto, bajo qué circunstancias específicas se produce esta resolución? ¿Quiénes, o qué sectores, la presentan y defienden? ¿Cómo discurrió el debate en torno a ella? ¿Qué planteamientos se hicieron a su favor (y en contra)? ¿Cuánto respaldo obtuvo la resolución? ¿Cuánta oposición provocó?

Benjamín Torres guarda silencio al respecto, y es natural que lo haga: si examinamos la fuente documental en la que él mismo se apoya (la extensa reseña de los trabajos de la asamblea publicada en el periódico *El Mundo*) descubrimos un cuadro totalmente distinto del que nos presenta Torres en su artículo:

Fausto Arroyo, delegado por Nueva York, pide que se reabra el informe del Comité de Resoluciones para que se traiga a discusión dos resoluciones de la Junta de Nueva York rechazadas por el Comité [de Resoluciones]. El presidente consultó a la asamblea sobre la petición del delegado por Nueva York y después de un ligero debate se acordó la lectura de las dos resoluciones. La primera proponía que al

⁴ *Loc. cit.*

constituirse la república la propiedad privada fuese abolida; y la segunda que para evitar la entronización del caciquismo el cargo de presidente se declarara rotatorio.

Al conocerse el alcance de la segunda resolución, el señor Rafael Rivera Matos estuvo a punto de provocar un serio incidente en la asamblea al proponer que fuesen declarados traidores aquellos que plantearon el asunto de la presidencia rotativa.... el señor Arroyo protestó de la insinuación del señor Rivera Matos y parte del público pidió que fuera bajado el señor Arroyo del escenario. Carlos Vélez, de Nueva York, después de restablecerse el orden, informó que la Junta de Nueva York había derrotado la resolución que quería discutir su compañero. La presidencia sometió a votación si se reabría o no el informe del comité [de Resoluciones] y solamente tres delegados votaron que sí siendo por lo tanto aceptado el informe tal como se presentó a la asamblea.... El señor Arroyo volvió a pedir la palabra para unas explicaciones, pero la presidencia se la negó dando un malletazo y declarando el incidente cerrado.⁵

Vemos que, contrario a lo que afirma Torres, la resolución no fue discutida en la asamblea, sino que apenas fue leída, y esto sólo por la tenacidad, la obstinación casi temeraria de su proponente. Se trata, pues, de un mero proyecto de resolución de un individuo aislado, proyecto que fue repudiado tanto por la Junta de Nueva York como por el Comité de Resoluciones de la asamblea, y que el pleno de dicha asamblea rehusó, por abrumadora mayoría, tomar en consideración. ¿Y ésto se supone que constituya evidencia del proceso de radicalización ideológica del Partido Nacionalista, de que el partido está "evolucionando" hacia posiciones de carácter socialista?

⁵ *El Mundo*, 9 de diciembre de 1935.

Nótese, además, que la segunda resolución que menciona Torres, la cual sí fue aprobada por la asamblea,⁶ es mucho más modesta, menos radical, que el proyecto de resolución de Fausto Arroyo pues la resolución aprobada se refiere exclusivamente al problema de los latifundios. No es imprescindible ser socialista, ni siquiera estar próximo a las posiciones socialistas, para oponerse a los latifundios. Me sospecho que es precisamente por esta razón -es decir, porque esta resolución, por sí sola, no representa nada del otro mundo- que Torres se ve obligado a "reforzarla" artificialmente, enyuntándola al efímero y fracasado proyecto de resolución de Fausto Arroyo.

La admiración matizada de los comunistas

La segunda parte de la argumentación de Torres pretende demostrar que esta "nueva" orientación social del Partido Nacionalista se ganó el respeto y la admiración de los comunistas puertorriqueños; para ello, Torres cita unas afirmaciones del destacado líder comunista, José Lanauze Rolón. Aquí nos confrontamos nuevamente con un planteamiento que distorsiona la realidad histórica, fruto de un manejo caprichoso del material documental y una presentación engañosa.

Contrario a lo que tiende a sugerir el orden en que Torres presenta el material, el texto citado de Lanauze Rolón no se refiere a las resoluciones de la asamblea del 1935 del Partido Nacionalista: las afirmaciones de Lanauze aparecen en un

⁶ *La Palabra*, 16 de diciembre de 1935 (se trata de un semanario nacionalista dirigido por Juan Antonio Corretjer). Cabe señalar el hecho curioso de que ni en el extenso reportaje de *El Mundo* (véase nota anterior) ni en la reseña de los acuerdos de la asamblea que se publica en *El Imparcial* (9 de diciembre de 1935), se menciona esta resolución. Aparentemente, los acuerdos de la asamblea relativos a la abstención electoral acapararon la atención de los corresponsales de estos periódicos, pasando por alto la resolución sobre los latifundios. El reportaje de *El Mundo* lleva, significativamente, el siguiente titular: "El Partido Nacionalista no concurrirá a las próximas elecciones".

ensayo publicado en 1933, es decir, dos años antes de la asamblea nacionalista.

Más grave aún, las afirmaciones de Lanauze citadas por Torres no se refieren en absoluto a las concepciones sociales y económicas de los nacionalistas -ni a las que supuestamente adoptaran en 1935 ni a las que sustentaron con anterioridad a esa fecha. La impresión engañosa surge solamente porque se han eliminado las palabras con las que Lanauze introduce en su ensayo las afirmaciones que cita Torres. Estas palabras introductorias son: "Como un paréntesis; sin embargo, en lo que es fundamental para el Partido Nacionalista de Puerto Rico, la independencia de Puerto Rico, queremos hacer constar enfáticamente..."⁷ De esta frase introductoria, suprimida por Torres, se desprende clara e inequívocamente que los comentarios favorables que Lanauze hace a continuación se refieren exclusivamente al ideal patriótico de los nacionalistas: lo que Lanauze respeta y admira no es la concepción social de los nacionalistas, sino tan sólo su lucha valiente y vertical por la independencia de Puerto Rico.

De la frase introductoria suprimida se desprende, además, que el pasaje citado por Torres constituye un paréntesis dentro de una argumentación más amplia. ¿Cuál es ese planteamiento más abarcador del cual el pasaje citado es tan sólo un paréntesis? Pues nada menos que un ataque feroz, implacable, a las concepciones sociales y económicas del Partido Nacionalista.

Veamos el planteamiento completo de Lanauze. Su ensayo tiene como propósito fundamental demostrar la necesidad impostergable de constituir un Partido Comunista en Puerto Rico. En el curso de su argumentación, Lanauze pasa revista a los distintos partidos políticos existentes, examinándolos y evaluándolos desde la perspectiva de los intereses de la clase trabajadora puertorriqueña. Primero considera a los "partidos burgueses" y los descarta como alternativa para la clase obrera; entre otros defectos, señala:

⁷ José Lanauze Rolón, *Por qué somos comunistas*. Ponce, Imprenta de El Día, 1933, p. 22 (énfasis en el texto original).

No hay partido político que pueda defender los intereses *de toda la patria; falso, completamente falso, falso de toda falsedad*. Porque la *patria* está compuesta de clases opuestas, antagónicas, enemigas, cuyos intereses son opuestos, antagónicos, enemigos. Pero los partidos políticos burgueses se empeñan en negar esta verdad. Para ellos el capital y el trabajo (como ellos dicen) son hermanos gemelos y se aman como hermanitos que son. Debe haber armonía entre los dos. Deben llevarse bien. Deben cooperar...⁸

Luego considera y descarta al Partido Socialista:

El Partido Socialista en sus comienzos predicó la lucha de clases abierta y francamente; y sus líderes lanzaron grandes masas trabajadoras a huelgas violentas, encendiéndolas e inspirándolas con prédicas revolucionarias. En sus comienzos el Partido Socialista se enorgullecía de ser un partido muy rojo. Pero hoy este partido es tan *amarillo* en Puerto Rico como el Partido Socialista más amarillo del mundo. Hoy se asusta de la lucha de clases, de eso no habla nunca; prefiere hablar de la *cooperación del capital y el trabajo*, como los otros partidos burgueses...⁹

Por último, considera al Partido Nacionalista y concluye que este partido tampoco puede ser una alternativa para la clase obrera puertorriqueña. ¿Por qué? Precisamente por sus concepciones sociales equivocadas y retrógradas:

Pero el Partido Nacionalista, como los demás partidos burgueses, pretende ignorar la lucha de clases; predica la cooperación imposible del capital y el trabajo; cree poder defender los intereses de la *patria*; parece querer ignorar que los capitalistas nativos están combinados y en perfecta armonía con los capitalistas

⁸ *Ibid.*, p. 17 (énfasis en el original).

⁹ *Ibid.*, p. 18 (énfasis en el original).

yanquis, y muy contentos con el régimen colonial que padecemos. Parece ignorar que la burguesía *nativa* y la burguesía *yanqui* tienen los mismos intereses que defender, y utilizarán en todo momento los mismos instrumentos sociales y políticos para explotar y sojuzgar las masas jíbaras y anémicas de esta pobre colonia tropical.

El Partido Nacionalista pretende representar de un golpe los intereses de la patria tiranizada. No representa intereses de clase alguna. Así se explica su fracaso tanto entre la burguesía como entre las masas proletarias. Resulta un partido romántico y sentimental, que marcha por las nubes, al quererse colocar así *por encima de las clases sociales y sus luchas inevitables*. Vive de frente al pasado, cantándole a las viejas tradiciones burguesas de la patria, a la vieja España, a la Iglesia Católica Romana, a los valores burgueses y a las virtudes burguesas: es un partido aburguesado y enfermo, sin sangre y sin realidad, que las masas proletarias no pueden seguir, mientras no condene la labor explotadora de nuestra burguesía.¹⁰

No es este el lugar para discutir y evaluar estos juicios tan severos que Lanauze formula sobre el nacionalismo. Para el propósito de este trabajo, lo que me interesa es recalcar que, lejos de admirar las concepciones sociales del nacionalismo, Lanauze las desprecia profundamente y las rechaza en su ensayo de forma categórica e inequívoca.

Un elogio entre paréntesis

Es precisamente en el curso de esta filípica anti-nacionalista que se produce el pasaje utilizado por Torres. Es evidente que no se trata, pues, del planteamiento central, de la tesis principal de Lanauze, sino tan sólo de un "paréntesis": es decir, de una salvedad, de una cualificación que Lanauze hace a su crítica despiadada de las concepciones nacionalistas. No se puede, por

¹⁰ *Ibid.*, p. 21 (énfasis en el original).

lo tanto, interpretar este "paréntesis" aisladamente: es preciso ver y entender la salvedad, la cualificación, en su debido contexto y en función del planteamiento central al que cualifica o matiza. De otro modo deformamos radicalmente el verdadero significado del texto.

Así, por ejemplo, la última oración del "paréntesis" tiene en realidad un sentido muy distinto del que se le atribuye en el artículo de Torres. Si ubicamos la oración en su contexto (es decir, si la evaluamos a la luz de la filípica anti-nacionalista), vemos que Lanauze no está adelantando en serio un pronóstico, no está realmente vaticinando la inminente transformación ideológica del Partido Nacionalista: se trata más bien de un comentario polémico, de intención irónica y provocadora, que subraya el grado de "despiste", es decir, de enajenación de la realidad, que padecen los nacionalistas. Lo que está diciendo Lanauze es que los nacionalistas, por ser gente sincera e íntegra, deberían ser comunistas... si sólo pudieran ver la realidad sin gríngolas, sin limitaciones ideológicas. El texto de Lanauze, considerado en su totalidad, no deja lugar a dudas de que esta oración hace un planteamiento hipotético, en el "modo subjuntivo".¹¹ Lanauze está convencido de que los nacionalistas no están a punto de despojarse de sus concepciones sociales equivocadas y retrógradas, y tampoco cree que esto ocurra en un futuro previsible. Es precisamente porque tiene este convencimiento que descarta categóricamente y tajantemente al Partido Nacionalista como alternativa e insiste en la necesidad impostergable de construir un Partido

¹¹ Se trata de un tipo de enunciado que se conoce en la lógica por "condicional subjuntivo" o "condicional contrafáctico": es un enunciado condicional que se hace a partir de un antecedente manifiestamente falso, y a pesar de que se sabe que es falso. Es por ello que, para formular el enunciado, hay que utilizar el modo subjuntivo en vez del indicativo. Un ejemplo trivial sería: "Si mi tía fuera una bicicleta (cosa que, por supuesto, no es), tendría dos ruedas". El comentario polémico e irónico de Lanauze puede formularse de forma análoga: "Si los nacionalistas no tuvieran gríngolas ideológicas (lo cual no es el caso), serían comunistas".

Comunista para defender los intereses de la clase obrera puertorriqueña.

En suma: al arrancar un pasaje de su contexto y considerarlo aisladamente, Torres realiza una proeza singular -logra que Lanauze Rolón aparezca diciendo exactamente lo contrario de lo que realmente sostuvo y defendió. Esta importante figura histórica merece mejor suerte. Se podrá estar de acuerdo o en desacuerdo con las ideas de Lanauze: pero no hay derecho a tergiversar su pensamiento ni tan siquiera en aras de defender la figura de Albizu.

II

ALBIZU Y LA HUELGA CAÑERA DEL 34 - (PRIMERA PARTE)¹²

En su afán por demostrar que el Partido Nacionalista, bajo el liderato albizuista, experimentó un proceso de radicalización ideológica, Benjamín Torres trata de refutar la interpretación que José Luis González ofrece en su libro de la participación de Albizu en la huelga cañera de 1934. Este intento de refutación merece examinarse con algún detenimiento.

Torres siente, al parecer, tal desdén por la interpretación que ofrece José Luis que no ve la necesidad de exponerla -ni tan siquiera en forma sumaria- en su artículo de réplica sino que se limita a hacer unos señalamientos en contra de ella, sin explicar en ningún momento en qué consiste el planteamiento que critica y rechaza. Ahora bien, la interpretación de José Luis es ciertamente controvertible, pero no es despreciable ni se la puede ignorar o descartar sin más.

Su tesis principal es que Albizu, por sus limitaciones ideológicas, estaba incapacitado para orientar y dirigir adecuadamente a los obreros en huelga: "La verdad es ... que Albizu *no pudo* dirigir la huelga porque el contenido social de la huelga contradecía históricamente el contenido social de su

¹² *Claridad, En Rojo*, 3-9 de junio de 1977.

independentismo".¹³ En apoyo a esta conclusión, José Luis destaca la pretensión de Albizu de ignorar la lucha de clases en la sociedad puertorriqueña y su desvinculación de la clase obrera, lo que se refleja en la actitud paternalista que asume frente a los trabajadores:

La respuesta de Albizu al llamado de los trabajadores fue la típica respuesta de un nacionalista burgués conservador. En lugar de asumir la dirección del movimiento de huelga como lo que éste era en realidad - una expresión pura y clara de la lucha de clases-, Albizu intentó "politizar" el movimiento incorporándolo a la lucha por la independencia desde el punto de vista nacionalista, es decir, burgués. Su actitud fue absolutamente paternalista, como lo demuestra su ofrecimiento, en 1932, de "hombres de talla" para que "dirigieran" a los obreros.¹⁴

La última oración de la cita alude al primer punto del "programa económico" del nacionalismo, contenido en el manifiesto que Albizu publica en vísperas de las elecciones de 1932. Este programa económico es idéntico al que presentó en la asamblea de 1930, en la que fue electo presidente del Partido Nacionalista; no se trata, pues, de una formulación ocasional, sino de un planteamiento medular del albizuismo:

1. [El P. Nacionalista] Organizará a los obreros para que puedan recabar de los intereses extranjeros invasores la participación de las ganancias a que tienen derecho, asumiendo su dirección inmediata, poniendo hombres de talla, responsabilidad y patriotismo para dirigirlos.¹⁵

¹³ Arcadio Díaz Quiñones, *Conversación con José Luis González*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1976, p. 107.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 106-7.

¹⁵ Benjamín Torres (ed.), *Pedro Albizu Campos: Obras escogidas*. San Juan, Ed. Jelofe, 1975, 2 tomos, I, p. 231; véase también *ibid.*, p. 86.

Nótese que este texto no sólo manifiesta el paternalismo de Albizu frente a la clase obrera, sino también revela claramente su enfoque "burgués conservador". El planteamiento es liberal-reformista ("la participación de las ganancias a que tienen derecho") y, más importante aún, soslaya totalmente la lucha de clases en el seno de la sociedad puertorriqueña: no se reconoce la existencia de capitalistas puertorriqueños, además de los extranjeros, como grupo social antagónico a los intereses de los trabajadores. No se trata de una omisión involuntaria, fruto de una formulación laxa, pues es cónsona con otros textos albizuístas de la época. Por ejemplo, en un discurso pronunciado en Mayagüez en 1931, Albizu plantea que el régimen pretende socavar a la sociedad puertorriqueña fomentando sus divisiones internas; la segunda clase de división que denuncia es:

División en materia financiera, que existe en los Estados Unidos pero que ha sido ahondada aquí por el mal llamado Partido Socialista. En los Estados Unidos un grupo pequeño o clase dirigente explota a la casi totalidad del país; no existe allí una sociedad o una nación en el recto sentido del vocablo sino un gran conglomerado que sufre la opresión de la exigua clase oligarca a quien no le preocupa ni la suerte ni mucho menos el engrandecimiento común de la masa del país. En Puerto Rico había al contrario una homogeneidad entre todos los componentes y un gran sentido social interesado en la recíproca ayuda para la perpetuidad y conservación de la nación, esto es un sentimiento raigal y unánime de patria. Por consiguiente, yuxtaponer en una lucha de clases al hombre que nada posee contra el que tiene dos pesetas era imponer un extraño elemento de discordia que holgaba en nuestro medio.¹⁶

El carácter idílico del cuadro que se nos presenta de nuestro pasado histórico no requiere mayor comentario: basta consultar cualquier estudio medianamente serio sobre la sociedad puerto-

¹⁶ *Ibid.*, pp. 184-5.

riqueña del siglo XIX para comprobar la naturaleza mitológica de la "homogeneidad", "unanimidad" y armonía social que le atribuye Albizu. Pero el reproche que lanza contra el Partido Socialista, de pretender yuxtaponer en una lucha de clases al hombre que nada posee contra el que tiene dos pesetas", requiere una acotación.

La nación dividida

Albizu tenía razón en insistir en el hecho de que bajo la dominación norteamericana se desata un proceso voraz de apropiación de las tierras cultivables (particularmente en las zonas cañeras) por intereses capitalistas norteamericanos. Pero si bien hay que reconocer y recalcar la importancia de este proceso, no podemos, por otra parte, ignorar el hecho de que un grupo importante de terratenientes "del patio" (los Serrallés, Roig, Giorgetti, etc.) también se beneficiaron de la dominación norteamericana y lograron acumular y consolidar grandes propiedades agrícolas (plantaciones y centrales). Para comienzos de la década del 30, precisamente cuando escribe Albizu, cuatro corporaciones azucareras ausentistas producen casi la mitad del total del azúcar procesado; pero la otra mitad la producen corporaciones azucareras incorporadas en Puerto Rico, la mayoría de las cuales son propiedad de terratenientes puertorriqueños. Por otro lado, de las 50 fincas que dedicaban más de 500 cuerdas exclusivamente al cultivo de caña (estas fincas representaban el 60% del cultivo total de caña), casi la mitad pertenecía a propietarios "locales".¹⁷ Es evidente que estos terratenientes puertorriqueños tenían mucho más que "dos pesetas".

¹⁷ Véase A.G. Quintero Rivera, *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977, pp. 63-8.



El genio del ingenio (1910). Oleo sobre lienzo de Julio T. Martínez, Colección Small Business Administration. Foto de J.E. Marrero, cortesía del Museo de Antropología, Historia y Arte, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Así, pues, al luchar por mayores salarios y mejores condiciones de trabajo, los obreros cañeros y sus líderes se enfrentaban no sólo a los grandes intereses ausentistas, sino también a un grupo de intereses capitalistas puertorriqueños. Podemos lamentarnos de que así fuera, de que puertorriqueños lucharan contra puertorriqueños; pero no podemos atribuir esta situación a la "perversidad" de los líderes obreros, sino que surge de una realidad histórica: el hecho de que la sociedad puertorriqueña está dividida en clases antagónicas, con intereses contradictorios. Esta división es el resultado de un proceso económico-social que viene gestándose desde el siglo XIX, y no es el resultado del supuesto afán disociador o destructivo de los socialistas o los líderes de la FLT. Esta realidad -a saber, que la "patria", la "nación", constituye una sociedad clasista- es la que Albizu soslaya sistemáticamente al pretender encuadrar la problemática puertorriqueña exclusivamente en términos de un conflicto único y simple: puertorriqueños contra extranjeros. Huelga decir que este enfoque estrecho y limitado impedía que Albizu -no obstante sus buenas intenciones- pudiera comprender adecuadamente la naturaleza de la lucha obrera en su país.

Cabe destacar, además, la ironía histórica de que, en el momento en que Albizu critica al Partido Socialista por dividir a la "nación", a la "patria", al introducir en su seno el "extraño elemento de discordia" de la lucha de clases, los socialistas disidentes y los comunistas como Lanauze Rolón fustigan al Partido Socialista precisamente por haber abandonado la lucha de clases y predicar en cambio la armonía y cooperación entre capitalistas y trabajadores.¹⁸

En suma: es preciso reiterar que el planteamiento de José Luis González será discutible, pero no es ni frívolo ni desdeñable: por ello, no puede ser ignorado o descartado sin considerarlo seriamente.

¹⁸ Véase, por ejemplo, el pasaje de José Lanauze Rolón sobre el Partido Socialista citado en la primera parte de este trabajo.

Veamos ahora los señalamientos críticos que Torres hace en su artículo de réplica.

En primer lugar, critica a José Luis por no referirse, en su argumentación, a textos de Albizu de 1934:

Para analizar la huelga cañera del 1934, José Luis evalúa y cita pronunciamientos de Albizu del 1932, ¿y qué pasó con los pronunciamientos de Albizu Campos durante la huelga en el 1934? José Luis no los conoce, ni conoce lo que verdaderamente ocurrió durante este período huelgario.¹⁹

Torres tiene razón al señalar que José Luis debió referirse a textos albizuístas del 1934 (aunque me parece aventurado concluir del hecho que no los cite, que los ignora o que desconoce los pormenores de la huelga de 1934). Pero, por otro lado, Torres no demuestra que los textos de 1934 evidencien un cambio sustancial, una transformación cualitativa en el enfoque y las concepciones fundamentales de Albizu respecto a la problemática social.

En todo su artículo de réplica, Torres cita sólo tres trozos breves de Albizu de 1934. Uno de ellos proviene de un artículo publicado el 19 de enero de 1934 y es relativamente inocuo; en él, Albizu expresa su optimismo respecto a la recién creada Asociación de Trabajadores de Puerto Rico, Inc. A pesar de que para ese momento ya están apareciendo claros indicios del debilitamiento del movimiento huelgario, Albizu afirma:

No obstante, la huelga está en pie en el sur y en oriente bajo la dirección de la Asociación de Trabajadores de Puerto Rico, que va sumando en su seno a todos los obreros de la nación en un movimiento salvador para el proletario y para la patria.²⁰

¹⁹ Torres, "La Conversación", 1ª parte, ... p. 13.

²⁰ "La esclavitud azucarera", *El Mundo*, 19 de enero de 1934.

Desafortunadamente, el optimismo de Albizu resultó infundado. Por lo tanto, este texto evidencia, a lo sumo, que no comprendió adecuadamente la situación real de la huelga, sobreestimando considerablemente sus potencialidades.

Los otros dos trozos que cita Torres provienen de un artículo que publicó Albizu el 16 de enero,²¹ es decir, a raíz de intervenir en la huelga (13 de enero), y son de mayor envergadura, ya que evidencian el enfoque con el que Albizu acudió al reclamo de los trabajadores cañeros. Examinemos, pues, estos pasajes con mayor detenimiento.

El primero de ellos, a juzgar por la forma en que lo presenta en su artículo de réplica, reviste la mayor importancia para Torres:

Este nuevo nacionalista combina así la lucha política, la lucha ideológica y la lucha económica. Se introduce también una nueva concepción del proletariado. Para Albizu Campos los trabajadores constituyen "el verdadero poder y la verdadera fuente de riqueza que tiene la Patria".²²

El planteamiento es, a primera vista, impresionante: pero sólo a primera vista. La impresión falaz se debe, una vez más, al recurso predilecto de Torres: citar un pasaje aislado, separado artificialmente de su contexto.

Una peculiar definición de clase

En primer lugar, el pasaje citado por Torres es sólo un fragmento: no constituye ni tan siquiera una oración completa. El texto íntegro lee como sigue en el original:

²¹ *El Mundo*, 16 de enero de 1934 (el artículo se publica también en *El Imparcial*). Este artículo ha sido reproducido en A.G. Quintero Rivera, (ed.), *Lucha obrera en Puerto Rico*. San Juan, CEREP, 1971, pp. 101-3.

²² Torres, *La conversación...*, 1ª parte, p. 13.

Los trabajadores constituyen ya la corporación más fuerte que pueda formarse porque son ellos el verdadero poder y la verdadera fuente de riqueza que tiene la patria.²³

Nótese que la parte de la oración suprimida por Torres contiene un elemento curioso: Albizu dice que los trabajadores constituyen una "corporación". ¿Qué quiere decir esto? El significado de esta forma peculiar de referirse a la clase obrera se aclara en los párrafos del artículo de Albizu que inmediatamente preceden al pasaje citado por Torres. Albizu describe los pasos que se han dado en Guayama, Fajardo, Luquillo y Canóvanas para establecer la Asociación de Trabajadores y afirma:

Los trabajadores se han organizado en corporación para tener personalidad jurídica, y, así impedir, que nadie se atreva a hablar en su nombre... Es extraño que los trabajadores no se hayan organizado hasta ahora. Los abogados, médicos, maestros de escuelas, comerciantes, marinos, profesionales, azucareros, empleados de comercio, empleados del gobierno insular, químicos, farmacéuticos, industriales, inquilinos, es decir, todas las profesiones y actividades de alcance social, están organizadas en la forma corporativa, con derechos y responsabilidades jurídica.²⁴

Este texto, contrario a lo que pretende sugerirnos Torres, revela diáfananamente el profundo distanciamiento y desconocimiento de Albizu de la realidad social con la que se confrontaba, es decir, la vida y luchas de la clase obrera puertorriqueña. De sus palabras se desprende qué ve como problema principal -¡nada menos que en medio de una huelga!- el hecho de que los trabajadores carezcan de "personalidad jurídica". Es por ello -es decir, para proveerle a los trabajadores "derechos y responsabilidad jurídica"- que establece la Asociación de

²³ Véase nota 9.

²⁴ *Loc. cit.*

Trabajadores de Puerto Rico, Inc. y procede sin dilación a inscribirla formalmente en la Secretaría Ejecutiva (precursora de nuestro actual Departamento de Estado).²⁵ Sus palabras, además, delatan su incomprensión de la diferencia fundamental entre una organización obrera, un sindicato o unión, y las asociaciones de profesionales.

Es precisamente por su enfoque preeminentemente jurídico, y porque usa como modelo a las organizaciones profesionales, que Albizu puede afirmar que los trabajadores no se habían organizado hasta ese momento: afirmación que, desde el punto de vista de la realidad social e histórica, constituye un disparate mayúsculo. Los obreros comienzan a organizarse desde fines del siglo pasado²⁶ y durante las primeras tres décadas del siglo XX tienen en la Federación Libre de Trabajadores (FLT) una amplia y sólida organización sindical -para 1923, por ejemplo, la FLT agrupaba a 236 uniones obreras y tenía 25,000 afiliados que pagaban cuotas-²⁷ que servía de poderoso instrumento de lucha para la defensa de los intereses de la clase obrera puertorriqueña. Esta organización tenía, ciertamente, serias limitaciones y hasta contradicciones internas; pero, con todo, era incuestionablemente una realidad de singular relieve en el medio social puertorriqueño. El poder de este instrumento de lucha se evidenció, por ejemplo, en las grandes huelgas cañeras que estremecieron al país en los años 1915 y 1916: huelgas no sólo de gran magnitud, sino también victoriosas. La

²⁵ Véase la reseña de la asamblea constituyente de la Asociación de Trabajadores, celebrada en el Teatro Campoamor de Guayama el 13 de enero, en *El Mundo*, 15 de enero de 1934.

²⁶ Véase Gervasio García, *Primeros fermentos de organización obrera en Puerto Rico: 1873-1898*. San Juan, mimeografiado, CEREP (Cuaderno 1), 1974.

²⁷ A.G. Quintero Rivera, "El Partido Socialista y la lucha política triangular de las primeras décadas bajo la dominación norteamericana", *Revista de Ciencias Sociales*, Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, vol. XIX, núm. 1, marzo 1975, p. 62.

victoriosas. La envergadura de estos conflictos puede verse en los datos recopilados por Angel Quintero Rivera:

La huelga [de 1915] duró más de dos meses -de enero a marzo- y abarcó 17,625 trabajadores en 24 centrales o plantaciones de las 39 más importantes, cubriendo gran parte de toda el área costera de la Isla... La huelga concluyó con un aumento aproximado de 20% en los salarios. La gran huelga agrícola de 1915 fue meramente un asomo de la huelga cañera de 1916: 40,000 trabajadores en huelga; 32 municipios afectados; 5 meses y medio de duración. Esta huelga realmente sacudió al país; en términos de "hombres-días perdidos" representó 2.56 veces la cifra de la suma de todas las huelgas en las últimas dos décadas en Puerto Rico (de 1950 a 1970). En 24 municipios los resultados fueron positivos, lográndose cerca del 13% de aumento en salarios; en 5 municipios la huelga terminó sin acuerdo, y para 3 no pudo conseguirse información.²⁸

Por otra parte, la fuerza de esta organización sindical se refleja también en el hecho de que sirvió de base para la creación y desarrollo (a partir de 1915) de un "brazo político", el Partido Socialista, que no tardó en convertirse en una fuerza de primera importancia en el escenario político puertorriqueño²⁹ -al punto de que, para las elecciones de 1924, los partidos tradicionales (Unión y Republicano) se ven obligados a concertar una

²⁸ *Ibid.*, p. 61.

²⁹ *Ibid.*, p. 76: "El Partido Socialista participó por primera vez en las elecciones de 1917: logró el 14% del voto total y ganó las elecciones locales en 6 municipios. En las elecciones siguientes (1920) alcanzó el 23.7% del voto, logrando una victoria absoluta en 8 municipios... Mientras en municipios como Maricao, donde el promedio de tierra dedicado a la caña era 0, el P.S. no alcanzaba más del 1.1% de la votación, en municipios como Ceiba, con un 97.9% de su tierra cultivada dedicada a la caña, el PS lograba una victoria con un 74.1% de la votación el primer año que participaba en elecciones (1917)."

"Alianza" para tratar de detener la "amenaza roja" que representaba el crecimiento electoral de este partido obrero.

Esta es la enorme y significativa realidad histórica y social que Albizu soslaya en el texto que estamos examinando. Este texto hace patente que Albizu no ve, no le reconoce realidad, a esta importante y poderosa organización obrera porque ésta no concuerda con sus preconcepciones legalistas y no se ajusta al modelo organizativo de las asociaciones profesionales.

III

ALBIZU Y LA HUELGA CAÑERA DE 1934 (SEGUNDA PARTE)³⁰

El incomprendido presente obrero

Anteriormente, examiné dos de los tres textos albizuistas de 1934 citados por Benjamín Torres para refutar la interpretación que ofrece José Luis González de la participación de Albizu en la huelga cañera de ese año. Veamos ahora el tercero.

Este texto proviene también del artículo publicado por Albizu el 16 de enero³¹ y revela nuevamente -contrario a lo que pretende Torres- las serias limitaciones del enfoque del líder nacionalista. Dice Albizu:

El mal que sufre el trabajador se debe en gran parte a la desorganización de sus huestes. Pero este mal quedará cortado de raíz, con lo cual desaparecerá el liderato apócrifo que ha explotado hasta ahora a la gran masa trabajadora. Terminará también, la explotación bárbara a que ha estado sometido el

³⁰ *Claridad, En Rojo*, 10-16 de junio de 1977.

³¹ *El Mundo*, 16 de enero de 1934. El artículo ha sido reproducido en Quintero Rivera, (ed.), *Lucha obrera...*, pp. 101-3.

trabajador a manos de los grandes intereses patronales sin sentido humano.³²

La primera oración vuelve a plantear el punto discutido anteriormente. A lo ya dicho, cabe añadir el hecho de que la actividad huelgaria se concentró en la zona sur-oriental de la isla, que era precisamente un "baluarte" de la Federación Libre y el Partido Socialista: es decir, la región en la que la FLT estaba más sólidamente organizada y en la que el Partido Socialista solía obtener el respaldo electoral más amplio.³³ El problema no era, pues, que los obreros estuvieran desorganizados: el problema era, más bien que la organización obrera existente había pactado con las empresas azucareras un convenio inadecuado, que se quedaba por debajo de lo que los obreros más conscientes consideraban que podía lograrse por medio de la lucha sindical. Así, los obreros se enfrentaban a la necesidad no sólo de luchar contra los patronos, sino también de articular un movimiento rebelde que fuera capaz de competir eficaz y exitosamente con la organización sindical existente por el respaldo de los obreros de la caña.

Los textos de Albizu revelan que tendía a subestimar la fuerza y respaldo que la FLT todavía tenía entre el proletariado agrícola. La segunda oración del texto citado es un buen ejemplo. Albizu tilda a los líderes de la Federación de "apócrifos"; más adelante, en el mismo artículo, se refiere a ellos como "liderato obrero difunto, que conoce solamente las dulces faenas del ocio". Esta caracterización tiene sentido sólo desde un punto de vista abstracto, estrictamente legalista: como los líderes Federacionistas concertaron con los patronos un convenio inadecuado, contrario a los mejores intereses de los trabajadores, han traicionado a sus representados, han abdicado su función de representantes de la clase obrera y son, pues, líderes ilegítimos, espúreos. Pero desde el punto de vista concreto, de la realidad histórica y social, los líderes de la FLT no

³² *Loc. cit.*

³³ Véase, al respecto, Quintero Rivera, "El Partido Socialista y la lucha política triangular...", pp. 76-80

tenían nada de apócrifos, sino todo lo contrario eran auténticos líderes obreros, surgidos del seno de la clase trabajadora, que habían dirigido en el pasado reciente las grandes jornadas de lucha sindical y que todavía tenían un profundo arraigo y respaldo entre los trabajadores agrícolas. Aquí radica precisamente la tragedia de esta huelga de 1934: los que defendían el convenio azucarero y exhortaban a los obreros cañeros a aceptarlo no eran elementos extraños, no eran pseudo-líderes, sino precisamente los líderes reales de la clase trabajadora puertorriqueña, que tenían a su favor un largo historial de servicios a la causa obrera. Los obreros más conscientes, al rebelarse contra el convenio, se veían obligados a combatir no sólo a los patronos sino también a sus propios líderes históricos.

La debilidad de la Asociación de Trabajadores nacionalista

Desde esta perspectiva concreta, desde el punto de vista de la realidad histórica y social, los verdaderos líderes apócrifos eran los nacionalistas, pues eran personas desarraigadas, desvinculadas de la vida y las luchas históricas de la clase obrera puertorriqueña. Juan Antonio Corretjer, quien participó como nacionalista en estos acontecimientos, nos ofrece un testimonio revelador.³⁴ Corretjer señala que Albizu tuvo grandes dificultades para encontrar nacionalistas para dirigir el movimiento huelgario: los pocos que encontró, no eran obreros, y, en la mayoría de los casos, no eran oriundos de las regiones cañeras, sino de San Juan, Santurce, Río Piedras, etc. Refiriéndose al caso de Guayama -que fue de los pueblos donde Albizu fue acogido más calurosamente, y donde se fundó la Asociación de Trabajadores- nos dice:

Es en Guayama además en donde un líder regional del partido acoge la idea. Pero no es un obrero. Es un dentista, el doctor Eugenio Vera... El doctor Vera

³⁴ J. A. Corretjer, *El líder de la desesperación*. Guaynabo, S.E., 1972, pp. 41-9.

aparte, Albizu no encuentra un solo dirigente nacionalista en Guayama dispuesto a echarse encima la grave tarea de organizar a los trabajadores contra los patronos de Aguirre.³⁵

Este era un hecho patente, indiscutible, que los líderes de la FLT supieron aprovechar al máximo en sus polémicas contra los nacionalistas durante el curso del conflicto huelgario. La FLT no se cansa de acusar a los nacionalistas de ser:

...dandies, tipos de cuello y corbata que jamás habían cortado caña...

...estudiantes nacionalistas puertorriqueños que nunca sintieron los dolores del pueblo, ni las miserias de los trabajadores porque no pertenecieron al pueblo en el pasado ni pertenecen al pueblo en el presente.³⁶

Y, por ello, les vaticinan un fracaso estrepitoso en sus gestiones por dirigir a los obreros en huelga:

...aquellos [los nacionalistas] que derrotados en otros campos de la actividad social y política han pretendido pescar en un río revuelto, se han llevado un gran chasco. Tiraron sus atarrayas y solamente cogieron un cangrejo: el cangrejo del ridículo.³⁷

El Secretario General del Partido Nacionalista, José Lameiro, contesta con brío ejemplar; pero en su respuesta no puede menos que reconocer la realidad de fondo apuntada por los críticos Federacionistas:

Los comités [de la Asoc. de Trabajadores] constituídos en todo el país los forman trabajadores agrícolas, hombres curtidos en las faenas del pique de caña y en el manejo de la maquinaria de las factorías

³⁵ *Ibid.*, p. 44.

³⁶ *El Imparcial*, 23 de enero de 1934.

³⁷ *El Mundo*, 17 de enero de 1934.

azucareras. Si en Guayama y otros sitios los trabajadores han colocado en la presidencia de sus asociaciones a hombres como el doctor Vera es porque conocen de su hombría de bien y todavía no están tan embrutecidos para creer la cultura y la inteligencia reñidas con el trabajo.³⁸

Así, pues, frente a la Federación Libre, que -no obstante sus graves defectos y contradicciones- era una sólida y arraigada organización obrera, Albizu contrapone su Asociación de Trabajadores, Inc.: una organización artificial, improvisada, sin raíces reales en la clase trabajadora. Y su enfoque estrecho y abstracto lo ciega a tal punto que abriga la ilusión de que con su engendro -que no era, en el fondo, más que una entelequia jurídica- habrá de barrer del panorama a los líderes Federacionistas ("este mal quedará cortado de raíz, con lo cual desaparecerá el liderato apócrifo...").

En suma: los tres textos albizuístas de 1934 citados por Torres, examinados en su debido contexto, no revelan un cambio sustancial en las concepciones del líder nacionalista respecto a la problemática social. Delatan, al contrario, su profunda incomprensión, su trágica enajenación de la clase obrera; estos textos, además, están claramente lastrados por un enfoque abstracto y estrecho, preeminentemente jurídico.

Se ha señalado a menudo que el enfoque preeminentemente jurídico de Albizu entrañaba serias limitaciones para la lucha de independencia. César Andreu Iglesias, por ejemplo, hace un lúcido análisis de la política albizuísta³⁹ en el que examina críticamente la célebre tesis de la nulidad del Tratado de París, la estrategia de no-cooperación con el régimen colonial y de abstención electoral. Andreu concluye:

El nacionalismo de Albizu Campos fue de profunda
raigambre tradicionalista. Aunque consciente de la

³⁸ *El Mundo*, 20 de enero de 1934.

³⁹ César Andreu Iglesias, "*La lucha de independencia en la década del setenta*". Nueva York, mimeografiado, 1971, pp. 8-21.

penetración económica del imperialismo, dio carácter puramente jurídico a su análisis de la situación de Puerto Rico. De ahí parten sus concepciones fundamentales, siguiendo métodos escolásticos que dieron al nacionalismo una configuración histórica y socialmente conservadora. Lo que no debe sorprendernos, puesto que otros nacionalismos coloniales de su tiempo (Irlanda e India, por ejemplo), salvando las distancias de rigor, muestran iguales perfiles. Pero no importa la explicación o justificación a que se recurra, lo cierto es que ello privó al nacionalismo puertorriqueño de desarrollar sus potencialidades populares.⁴⁰

Refiriéndose específicamente a la tesis de la nulidad del Tratado de París, concluye:

Lo cuestionable, a mi juicio, no es que Albizu Campos librara esa batalla jurídica por la independencia de Puerto Rico. No viene al caso el peso que tengan sus argumentos desde el punto de vista del derecho positivo. Sus planteamientos podrían ser políticamente válidos -y lo son! aun cuando fuera iluso confiar que habrían de ser aceptables para el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Pero eso es lo de menos, puesto que batallas similares puede que haya que dar todavía. En la ONU, por ejemplo. Pero eso es una cosa y otra muy distinta edificar toda la estrategia y táctica de una lucha de independencia sobre una sola base, y nada menos que la más endeble, a juzgar por la experiencia histórica: la batalla en un campo jurídico. Lo imperdonable, en conclusión, es haber subordinado a esa doctrina escolástica y dogmática, el porvenir de la lucha de independencia.⁴¹

Si en el caso de la lucha patriótica este enfoque era limitante, en el caso de la lucha obrera no podía ser menos que desastroso, y

⁴⁰ *Ibid.*, p. 11.

⁴¹ *Ibid.*, p. 14.

condenaba irremisiblemente al fracaso los esfuerzos de Albizu en este campo.

Veamos ahora los restantes señalamientos de Torres en su intento de refutar a José Luis González.

El obrerismo fallido

Torres afirma que "el Partido Nacionalista hizo esfuerzos casi sobrehumanos para reorganizar al movimiento obrero".⁴² Conviene confrontar nuevamente esta afirmación con el testimonio de Corretjer (el autor indica que su testimonio se basa en sus experiencias directas y en conversaciones que sostuvo con Albizu mientras ambos estaban encarcelados en Atlanta):

Los dirigentes nacionalistas de Fajardo estaban trabajados por una gran preocupación. No pasaban por alto el significado e importancia del llamado hecho a Albizu por los trabajadores. Al mismo tiempo temían que la participación de Albizu en la huelga comprometiera el partido a seguir un camino que a ellos -oficinistas, ejecutivos, comerciantes, clase media en fin con impulso ascendente- no les gustaba. Temían sobre todo que Albizu se quedara en Fajardo a dirigir localmente la huelga, organizara una unión en la Central. Trataron por lo tanto de persuadir a Albizu a que se redujera a pronunciar un discurso de aliento patriótico a los trabajadores, de defensa de sus derechos en la huelga y de fusta contra los norteamericanos (la Fajardo Sugar Co. era propiedad de los Amstrong de Nueva York). Albizu tuvo mucha dificultad en persuadirlos a no temer a la huelga y en demostrarles que su participación en la misma sólo podía hacer' bien al partido... No fue solamente en Fajardo en donde Albizu tropezó con la incomprensión clasista de sus correligionarios.⁴³

⁴² Torres, "*La Conversación...*", 1ª parte, p. 13.

⁴³ Corretjer, *op. cit.*, p. 42.

En Guayama -como vimos anteriormente- Albizu sólo pudo reclutar a un líder nacionalista de esa región, el doctor Vera, para trabajar en la labor de organización de los obreros en huelga; pero aún el doctor Vera le dedicó esfuerzos limitados a esta tarea:

Con toda su acogedora actitud ante la idea de la Asociación [de Trabajadores], el doctor Vera tampoco abandonaría su clínica para dedicarse a la clase obrera.⁴⁴

Tampoco los miembros más jóvenes del Partido Nacionalista mostraron mucho interés por involucrarse en la lucha sindical:

Los jóvenes que estábamos dispuestos a todo sacrificio, a toda dedicación y a toda audacia no pensábamos en esos términos. Nuestro pensamiento y nuestro corazón estaban puestos en la insurrección.⁴⁵

Albizu ciertamente hizo esfuerzos extraordinarios por responder al reclamo de los trabajadores en huelga, por organizarlos y dirigirlos; pero no se puede decir que el partido como tal hiciera "esfuerzos casi sobre-humanos" al respecto.

Torres le atribuye gran significación al hecho de la creación de la Asociación de Trabajadores. Pero ya hemos visto que se trataba, desde el comienzo, de un engendro artificial, sumamente endeble, fatalmente desarraigado de la clase trabajadora, por lo que estaba condenado de antemano al fracaso. La carta que el doctor Eugenio Vera escribe en respuesta a la exigencia reiterada de la Secretaría Ejecutiva de que someta un informe anual sobre la actividad de esta "corporación" habla por sí sola (la carta va dirigida al Secretario Ejecutivo, Carlos Gallardo):

⁴⁴ *Ibid.*, p. 44.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 43.

Me refiero a su comunicación del 1º de agosto concerniente a la Asociación de Trabajadores de Puerto Rico. Deseo advertirle, señor Gallardo, que dicha Asociación fue una entidad que murió al nacer, que no tuvo actividad alguna después de ser organizada y que todos sus miembros organizadores, unos han muerto, otros se han ausentado de la ciudad, y otros no sé dónde viven. Ni yo como presidente, ni ningún otro miembro se ha vuelto a ocupar más de esta Asociación.⁴⁶

En términos generales, la interpretación que nos propone Torres descansa sobre la base de inflar desmesuradamente la significación histórica de la participación de Albizu y los nacionalistas en la huelga cañera de 1934. Se trata, sin duda, de un acontecimiento notable; y es también cierto -y conviene subrayarlo- que Albizu respondió sin vacilación al llamado de los trabajadores en huelga y que se entregó de lleno a la tarea de intentar organizarlos y dirigirlos. Pero no es menos cierto que: (a) los esfuerzos de Albizu estaban limitados por su concepción abstracta y estrecha de la problemática social; (b) la experiencia directa del movimiento huelgario no alteró sustancialmente este enfoque limitante que tenía Albizu; (c) los esfuerzos organizativos de los nacionalistas no produjeron resultados concretos positivos: la huelga fracasó y la Asociación de Trabajadores no fue más que una entidad efímera, natimuerta; (d) la participación en la huelga no tuvo una influencia significativa sobre el desarrollo posterior del Partido Nacionalista: los nacionalistas abandonaron el campo de la lucha sindical⁴⁷ y, por otra parte, sus concepciones ideológicas no se transformaron a la luz de esta huelga.⁴⁸ En suma: la participación de Albizu en la huelga de 1934 fue, ciertamente,

⁴⁶ Citado en *ibid.*, pp. 44-5. La carta es del 15 de agosto de 1938; no se rindió el informe requerido en los años anteriores.

⁴⁷ Véase el informe del doctor Vera citado anteriormente.

⁴⁸ En la primera parte de este trabajo demostré el carácter espúreo, carente de todo fundamento, de la tesis de Benjamín Torres en el sentido de que el Partido Nacionalista se radicalizó ideológicamente en su asamblea de 1935.

un acontecimiento notable: pero no fue más que un espectacular episodio:

La huelga en perspectiva

Puede decirse otro tanto sobre la significación de esta huelga con relación a la historia de la lucha obrera puertorriqueña. Este acontecimiento tiene, sin duda, considerable importancia por ser una manifestación dramática del repudio incipiente -por parte de los trabajadores más conscientes- del liderato de la FLT y su política de colaboración de clases (la Coalición y el convenio azucarero). Pero no es menos cierto que la huelga fue un doloroso fracaso. Por un lado, el movimiento huelgario, aunque gozó inicialmente de considerable respaldo, no pudo a la larga preservarlo: los huelguistas no lograron incorporar y retener en sus filas al grueso de los obreros cañeros, los cuales siguieron respaldando a los líderes Federacionistas. Por otro lado -y debido a lo anterior- los huelguistas no lograron mejorar significativamente los términos del convenio azucarero pactado por los líderes de la FLT: a fin de cuentas, se impuso la "paz industrial" en los cañaverales puertorriqueños. La huelga tampoco tuvo repercusiones positivas para el desarrollo posterior de la lucha obrera en los años inmediatamente subsiguientes. El repudio manifestado en la huelga de 1934 sacudió al liderato Federacionista, pero no logró menguar significativamente su hegemonía sobre los obreros.

⁴⁹ Tenemos un indicio de ello en los resultados electorales del Partido Socialista en 1932 y 1936 (es decir, antes y después de la huelga) en la zona sur-oriental. En la mayoría de los pueblos de esta región los socialistas obtienen en 1936 sustancialmente el mismo grado de apoyo que el obtenido en 1932 (entre el 40 y el 50% del total de votos emitidos). En varios pueblos logran incluso mejorar levemente su apoyo electoral: Arroyo (de 44.1 a 44.9%), Fajardo (de 52.4 a 52.6%), y Luquillo (de 47.2 a 52.0%). En Guayama y Salinas se registra, sin embargo, un descenso significativo (de 44.7 a 33.9%, y de 45.5 a 37.2%, respectivamente); pero el apoyo electoral que aún retiene en estos

persistió, por tanto, la situación trágica de que los obreros más conscientes se veían forzados a enfrentarse no sólo a sus enemigos de clase -los patronos- sino también a su propio instrumento de lucha sindical. En los años inmediatamente siguientes se suceden las huelgas espontáneas, en contra o al margen de la FLT, pero naufragan al no poder superar el antagonismo de fondo que había en el seno de la clase trabajadora. Es hacia fines de la década del 30 -y, particularmente, con la huelga general de los muelles de 1938- que comienza a vencerse este escollo ingente.

La tendencia a atribuirle una importancia desproporcionada a la huelga cañera de 1934 ha predominado hasta ahora en nuestra historiografía: Torres es sólo un ejemplo de la tradición interpretativa prevaleciente. Esto ha llevado a descuidar -y hasta ignorar- la gran huelga portuaria de 1938.⁵⁰ Me sospecho que esta propensión a concentrar la atención sobre la huelga de 1934, en desmedro de la de 1938, tiene algo que ver con el hecho de que los nacionalistas no intervinieron en la segunda, sino que fue el Partido Comunista Puertorriqueño -y, en particular, el joven líder comunista, César Andreu Iglesias- el que desempeñó un papel decisivo en este conflicto huelgario. Sea como fuere, se trata de un descuido lamentable, que debe ser subsanado ya que, desde la perspectiva del desarrollo histórico de la lucha obrera en Puerto Rico, esta huelga de 1938 es aún más importante que la de 1934. En primer lugar, por su magnitud y sus repercusiones sobre la sociedad puertorriqueña: la huelga duró 42 días y detuvo totalmente la transportación

pueblos no es nada despreciable. Véase los informes de la Junta Insular de Elecciones para 1932 y 1936.

⁵⁰ La influencia de esta tradición se refleja inclusive en la -por lo demás valiosísima- antología de A.G. Quintero Rivera (véase nota 19): para la década del 30, Quintero incluye sólo documentos relativos a la huelga cañera de 1934, aunque él mismo reconoce -pero sólo en una nota al calce- que: "Aún más importante fueron las huelgas en las que se destacó el liderato del Partido Comunista, como por ejemplo la gran huelga de muelles de 1938" (p. 141).

marítima, amenazando con paralizar a todo el país.⁵¹ En segundo lugar, porque fue victoriosa; aquí los obreros no sólo manifestaron su descontento con el liderato de la FLT, sino también lograron hacer valer su protesta. En particular, lograron articular una alternativa organizativa viable que les permitió combatir eficaz y exitosamente tanto a los patronos como a los líderes Federacionistas. En este movimiento huelgario se sentaron definitivamente las bases para la creación, dos años más tarde (marzo 1940), de la Confederación General de Trabajadores (CGT) que, durante la primera mitad de la década del 40, habrá de arrebatarle a la FLT la posición hegemónica en el campo sindical puertorriqueño.⁵²

Por lo tanto, coincido plenamente con el *desideratum* que José Luis González formula al respecto en su libro:

Yo quisiera ver en *Claridad*, por ejemplo, uno o varios trabajos bien documentados sobre la huelga portuaria de 1938, que representó uno de los momentos culminantes de la lucha obrera en Puerto Rico (más que varios buenos reportajes, en realidad, la historia de esa huelga merece todo un libro).⁵³

Ahora bien, ¿quiere esto decir que los planteamientos de la *Conversación* son intachables, irrefutables? No, de ninguna manera. Estos planteamientos pueden y deben discutirse y evaluarse críticamente: pero hay que hacerlo con fundamento, de forma seria y responsable.

⁵¹ Véase, al respecto, los reportajes de *El Imparcial* durante los meses de enero y febrero de 1938.

⁵² Para una discusión somera de esta huelga, véase: César Andreu Iglesias, "El movimiento obrero y la lucha de independencia", *La Escalera*, vol. II, núms. 8-9 (enero-febrero 1968), pp. 1-34. A.G. Quintero Rivera, *La base social de la transformación ideológica del PPD en la década de 1940-1950*. San Juan, CEREP (Cuaderno 6), 1976; y mi libro, *César Andreu Iglesias: Aproximación a su vida y obra*. Río Piedras, Ed. Huracán, 1977, cap. 2. Falta, sin embargo, un estudio abarcador, a fondo, de este importante acontecimiento histórico.

⁵³ Díaz Quiñones, *op. cit.*, p. 122.



La invocación (1910). Oleo sobre lienzo de Julio T. Martínez, Colección Small Business Administration. Foto de J.E. Marrero, cortesía del Museo de Antropología, Historia y Arte, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

IV

POR UNA INTERPRETACION MARXISTA DEL ALBIZUISMO⁵⁴

El crítico criticado

Una vez despejado el ambiente de las críticas superficiales y espúreas de Benjamín Torres, podemos ahora considerar y evaluar críticamente los planteamientos que José Luis González hace respecto a Albizu y el nacionalismo en la *Conversación*. Por lo que ya he dicho y planteado en las partes anteriores de este ensayo, debe ser evidente que coincido plenamente con los lineamientos generales de la interpretación del albizuismo que nos ofrece José Luis en su libro. Sin embargo, no me parece satisfactoria la forma en que nos presenta sus tesis sobre el papel histórico del albizuismo.

La exposición de José Luis adolece a menudo de un tono áspero y destemplado, rayano en lo olímpico, que resulta irritante y suscita innecesariamente, en muchos lectores, una reacción de rechazo que dificulta -si no imposibilita- que los planteamientos de la *Conversación* se vean y consideren ponderadamente, en sus verdaderos méritos. José Luis tiende a presentar sus tesis de forma tajante, a rajatabla, creando la impresión, a veces, de que resuelve y "despacha" problemas intrincados sin prestarle la debida consideración a sus complejidades intrínsecas. Así, por ejemplo, José Luis concluye su discusión de la participación de Albizu en la huelga cañera de 1934 con el siguiente planteamiento fulminante:

Porque la verdad, la irrefutable verdad, es que todo lo que el albizuismo le ofrecía a la clase obrera puertorriqueña era el cambio de unos explotadores extranjeros por unos explotadores nativos cuyo "patriotismo" era todo lo que se necesitaba para justificar y hacer respetable su condición de apropiadores de plusvalía. Yo declaro que los

⁵⁴ *Claridad, En Rojo*, 17-23 de junio de 1977.

trabajadores hicieron bien en 1934, y siguen haciendo bien hoy, al negarle su apoyo al independentismo burgués que aspira a resucitar un pasado bien muerto y mejor enterrado.⁵⁵

Es cierto que Albizu tenía una visión idílica, mitológica, de nuestro pasado histórico y que soslayaba la lucha de clases en el seno de la sociedad puertorriqueña,⁵⁶ pero me parece excesivo y unilateral concluir que esto era "todo lo que el albizuismo le ofrecía a la clase obrera puertorriqueña". Si los huelguistas acuden a Albizu -a pesar de que sabían que no había sido ni era un líder obrero- es porque veían en él, con mucha razón, el símbolo de una lucha *radical* contra el régimen, de una lucha sin componendas ni chanchullos. Esta dimensión heroica de Albizu, su dedicación y entrega total a la causa libertaria, su firme e inquebrantable compromiso a jugarse todo en una lucha sin vacilaciones ni temporizaciones, hasta las últimas consecuencias, éstas eran precisamente características que brillaban por su ausencia, desde hacía años, entre el liderato de la Federación Libre y del Partido Socialista. No era, pues, nada despreciable lo que Albizu tenía que ofrecerles a los obreros en huelga. Lo trágico fue que el único líder nacional (pues los comunistas constituían, en aquel momento, un grupo reducido, sin alcance real, significativo, a escala nacional) que encarnaba la voluntad de lucha vertical y radical contra el régimen imperante estuviera tan profunda y fatalmente limitado en su comprensión de la problemática social de su país. La huelga cañera de 1934 dramatizó en forma dolorosa la gran tragedia de nuestra historia contemporánea: el hondo y nefasto divorcio que ha prevalecido, la mayor parte del tiempo, entre el cauce principal de la lucha patriótica y la lucha por la emancipación social de la clase trabajadora puertorriqueña.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 108.

⁵⁶ Véase la discusión de estos puntos en las partes anteriores de este ensayo.

Una evidencia endeble

A menudo, José Luis no documenta, no fundamenta adecuadamente sus planteamientos, dando base -innecesariamente- a la impresión de que se trata de meros juicios subjetivos, caprichosos. Tenemos un ejemplo claro de este defecto en su discusión de la intervención de Albizu en la huelga de 1934. El lector atento de las partes anteriores de mi ensayo habrá advertido que, para demostrar que la tesis de José Luis no es frívola ni desdeñable, tuve que presentar material adicional: material que José Luis no utiliza en su libro, o al que, a lo sumo, sólo alude indirectamente sin aprovecharlo plenamente.

Otro ejemplo: su novel tesis sobre la existencia de un sector de "izquierda", ideológicamente más radical, dentro del Partido Nacionalista a comienzos de la década del 30, sector que fue desplazado por la corriente más conservadora representada por Albizu cuando éste asumió la presidencia y el liderato indiscutible del partido. La evidencia que se ofrece en la *Conversación* en apoyo de esta tesis es sumamente endeble, precaria. José Luis aduce el caso de Juan Antonio Corretjer, señalando que ya en 1928 éste publica el poema "Canción multitudinaria" en el que expresa su admiración por la Unión Soviética, por Marx, Trotsky y otros; de esto concluye:

...el desarrollo social de Puerto Rico no sólo había hecho posible ya la existencia de marxistas puertorriqueños, sino de nacionalistas con un pensamiento social avanzado, como era el caso de Juan Antonio Corretjer a finales de la década del veinte... El reconocimiento del pensamiento político y social avanzado de Corretjer en 1928... implica, como he dicho ya y sólo quiero subrayar ahora, la existencia de un nacionalismo de izquierda en Puerto Rico en aquel momento, un nacionalismo tan avanzado ideológicamente, cuando menos, como el de Guiteras en Cuba. Si ese pensamiento avanzado hubiera predominado en la política del Partido Nacionalista Puertorriqueño, en lugar del pensamiento conservador de

Albizu, otra hubiera sido la historia de ese partido y otro hubiera sido, durante dos décadas decisivas, el desarrollo de la lucha por la independencia en Puerto Rico.⁵⁷

Pero una golondrina no hace verano: no basta con citar el ejemplo de Corretjer para sostener adecuadamente una tesis de tal envergadura. Habría que demostrar que el caso de Corretjer no era caso único, aislado. Para poder hablar de un nacionalismo de "izquierda" habría que demostrar la existencia de no sólo un individuo, sino de un grupo (que podría ser reducido, pero que fuera de alguna consideración) dentro del Partido Nacionalista. José Luis sólo aduce los casos de Luis Vergne Ortiz y Eugenio Font Suárez, dos independentistas radicales que se acercaron en aquel momento al Partido Nacionalista. Pero estos ejemplos son bastante débiles, pues se trata de dos figuras políticas sumamente erráticas y volátiles, que tuvieron un tránsito relativamente fugaz por diversos partidos de la época,⁵⁸ por lo que no constituyen -en ausencia de otros ejemplos más fuertes y representativos- evidencia suficientemente sólida para sostener la ambiciosa tesis de José Luis.

Por otra parte, el caso particular de Corretjer es harto peculiar, complejo -y hasta contradictorio-, por lo que es preciso tomarlo *cum grano salis*. Si bien es cierto que publica en 1928 su "Canción multitudinaria", no es menos cierto que su "pensamiento político y social avanzado" no se deja sentir -por lo menos de forma apreciable- durante la huelga cañera de 1934. Recuérdese la situación: Albizu -líder "conservador" del partido- responde sin vacilación al reclamo de los huelguistas y

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 111-3.

⁵⁸ Benjamín Torres tiene razón en criticar este aspecto de la argumentación de José Luis; pero su propia argumentación al respecto es inadecuada, pues se limita a presentar unas citas sueltas de Vergne Ortiz. Es necesario dilucidar cuidadosamente las peripecias de estas dos interesantes -y erráticas- figuras políticas a comienzos de la década del 30.

se entrega de lleno a la tarea de dirigirlos y organizarlos, haciendo caso omiso de la resistencia de muchos de los dirigentes regionales del Partido Nacionalista. Parecería que era una coyuntura idónea para un nacionalista de "izquierda" hacer valer sus posiciones. Uno esperaría que no vacilaría en respaldar plenamente las gestiones que realizaba su líder y que se lanzaría de lleno a organizar a los huelguistas y a luchar por las reivindicaciones obreras. Pero no sucedió así. Conviene citar nuevamente el propio testimonio de Corretjer:

Los jóvenes que estábamos dispuestos a todo sacrificio, a toda dedicación y a toda audacia no pensábamos en esos términos. Nuestro pensamiento y nuestro corazón estaban puestos en la insurrección.⁵⁹

Se trata, sin duda, de un caso muy peculiar; por lo que es muy aventurado -a mi juicio- extraer conclusiones de envergadura del caso particular de Corretjer sin antes analizar detalladamente, y a fondo, sus variadas concepciones, posiciones y actuaciones políticas y sociales.

El nacionalismo reevaluado

Ahora bien, hay que reconocer -en justicia a José Luis- el carácter informal, de "conversación" que tiene su libro. El autor advierte y subraya que no pretende hacer un tratado, una discusión exhaustiva y "definitiva" de nuestro pasado histórico. No obstante, creo que en el caso particular del albuzismo José Luis debió haberse tomado la libertad de "estirar" un tanto los límites de una exposición informal, pues en este caso se trata de un tema sumamente delicado y controvertible. El propio José Luis así lo reconoce:

Sobre la naturaleza socialmente reaccionaria del independentismo de De Diego creo que ya no hace falta insistir en Puerto Rico. Sobre lo que sí hace falta

⁵⁹ Corretjer, *op. cit.*, p. 43.

empezar a hablar, aunque sea al precio de herir susceptibilidades muy explicables, es sobre la relación del independentismo de De Diego con el nacionalismo de Albizu Campos. Tarea delicada es ésta, ya lo sé, pero tan insoslayable como delicada a estas alturas de nuestro proceso histórico.⁶⁰

El tema es tan delicado, sobre todo, por la intensa e implacable campaña de descrédito, de difamación, que el régimen desató contra Albizu y los nacionalistas, campaña que ya se inició en la década del 30, pero que se reanudó con aún mayor ferocidad en la década del 50, a raíz de los sucesos de 1950 y 1954 (la insurrección y el ataque al Congreso de los E.E.U.U). Esta campaña fue tan amplia y perniciosa que no sólo convirtió al nacionalismo en anatema para la conciencia popular, sino que, incluso para muchos independentistas en aquella época, Albizu constituía un tema tabú. Por ello, cuando el recién fundado Movimiento Pro Independencia (MPI) decide, a comienzos de la década del 60, rehabilitar la figura de Albizu y convertirlo en símbolo de la "nueva lucha de independencia", esto representó una decisión valiente -y hasta temeraria (no fueron pocos los que -con la mejor buena fe- aconsejaron que se desistiera de este propósito, por considerarlo perjudicial para una organización patriótica que apenas comenzaba a desarrollarse).

La decisión no sólo fue audaz, sino también muy sabia y eminentemente fructífera. Por un lado, levantar la figura de Albizu como estandarte de la causa, como símbolo de una indoblegable vocación libertaria, contribuyó poderosamente a renovar el espíritu de lucha del independentismo en un momento de profunda crisis y desmoralización, cuando la lucha parecía haber llegado a su nadir. Cabe recordar los rasgos sobresalientes de la situación: el Partido Nacionalista había sido aniquilado para todos los efectos prácticos; el PIP se había descalabrado al sufrir aplastantes derrotas en los comicios de 1956 y 1960; por último, el Partido Comunista había sido desarticulado por la represión anticomunista de la era

⁶⁰ Díaz Quiñones, *op. cit.*, p. 103.

macartista y por una serie de dolorosas luchas internas.⁶¹ El MPI describió sus orígenes históricos en los siguientes términos:

El MPI surgió en un momento de crisis para el independentismo puertorriqueño, cuando resultaba ya inminente el desastre en las urnas del PIP. Al perder éste su franquicia electoral en los comicios de 1960, aquellos independentistas que no se sintieron aplastados por el desaliento y la frustración, aquellos cuyo espíritu de lucha había logrado sobrevivir lo que aparecía en el momento como catástrofe insuperable, encontraron en el recién fundado MPI un frente unido para mantener en militancia el ideal de la Patria libre.⁶²

En estas circunstancias, la figura de Albizu constituía una noble y gallarda bandera de lucha, símbolo de una esperanza inmovible en la liberación de la patria y de una heroica e inquebrantable voluntad de lucha.

Por otro lado, y no menos importante, Albizu simbolizaba - por su clara y decidida conciencia anti-imperialista- la decisión de la "nueva lucha de independencia" de renovarse, de abandonar el derrotero que el "viejo" PIP había tradicionalmente seguido. En particular, servía de símbolo para el repudio del electorerismo a ultranza del PIP y su ilusionismo respecto a la posibilidad de alcanzar la independencia "democráticamente", en "paz y armonía" con el imperio.⁶³

Frente a la feroz campaña de descrédito desatada por el régimen, y dentro de la triste situación histórica antes descrita, es muy comprensible que se concentrara la atención sobre los méritos, los aspectos positivos de Albizu, haciendo caso omiso de los elementos negativos, de sus limitaciones históricas. Y es

⁶¹ Fromm, *op. cit.*, cap. V.

⁶² *La hora de la independencia* (1ª tesis política del MPI). San Juan, Ed. Claridad, 1963, p. 5.

⁶³ Véase mi artículo, "La cuestión electoral: una vez más", *La Escalera*, vol. VII, núm. 1 (mayo 1973), pp. 13-5.

también explicable que esto, a su vez, propiciara que se generara toda una leyenda, toda una bella mitología en torno al líder nacionalista, tan vilipendiado y martirizado por el régimen imperante.

Pero lo que se justificaba -o cuando menos, era explicable- entonces, ya no tiene la misma vigencia en las condiciones diferentes de hoy. Se ha ganado mucho terreno en el transcurso de los últimos años: en particular, la batalla por rehabilitar y reivindicar la figura de Albizu se ha ganado en gran medida (la generalidad de los independentistas ven hoy en Albizu a uno de nuestros patriotas insignes, y aún los sectores no-independentistas tienen que reconocer -a regañadientes, claro- la importancia histórica del líder nacionalista). Son pues, distintos los problemas que la causa de la independencia confronta hoy.

La crítica de las ilusiones

Creo que uno de los más importantes -y apremiantes- es precisamente la arraigada tendencia a abrigar ilusiones, cultivar mitos. Desde hace algún tiempo, el independentismo padece de una aguda indigestión de mitología e ilusionismo. Urge curarle esta dolencia, pues las consecuencias de esta condición enfermiza son graves, sumamente perniciosas. Creo que mientras se persista en adornar y mistificar nuestra realidad histórica y social, no se podrá orientar adecuadamente la lucha emancipadora, ni se podrá capacitar debidamente al movimiento libertador para que pueda estar a la altura de las difíciles pruebas que ya se perfilan en nuestro horizonte inmediato.

Claro está, cultivar ilusiones es una opción tentadora pues facilita, a corto plazo, la labor de movilizar el entusiasmo y las energías de los militantes para las arduas tareas y los considerables sacrificios que impone la lucha de independencia. Pero resulta ser, a la larga, una política desastrosa: las grandes ilusiones desembocan, invariablemente, en grandes desilusiones; la realidad histórica es intransigente y no tolera por mucho tiempo las quimeras. Al quebrarse las ilusiones, se

genera entonces un desaliento apabullante, una desmoralización aún más profunda que la que originalmente se quería vencer (La lucha por la independencia abunda en tristes ejemplos de esto.)

El momento actual reclama una actitud consecuente e implacablemente realista: no sólo por amor a la verdad, sino también porque sólo así podremos lidiar adecuadamente con la problemática y las situaciones tan complejas y contradictorias que nos presenta el Puerto Rico de hoy. Suele repetirse *ad nauseam* la célebre máxima: la verdad es siempre revolucionaria. Es hora de tomarla realmente en serio. Y ni tan siquiera el caso de Albizu puede ser excepción a la regla.

Lo que acabo de discutir constituye precisamente una de las preocupaciones centrales que animan al libro de José Luis González, y explica en gran medida -aunque no justifica del todo- la aspereza y la vehemencia con las que presenta sus puntos de vista y polemiza en la *Conversación*. José Luis está convencido de la importancia y urgencia de desarrollar lo que he llamado una actitud implacable realista frente a nuestra realidad histórica y social:

Porque lo que no puede rehuirse ya, como no sea a riesgo de infligirle un grave daño a la lucha anticolonialista en Puerto Rico, es el riguroso análisis histórico, vale decir científico, del albizuismo.⁶⁴

Esto no implica desmerecer o desvirtuar la aportación histórica de Albizu, sino sólo ubicarlo en su justa perspectiva:

Yo creo... que la gran aportación de Albizu al pensamiento político puertorriqueño no reside en sus planteamientos legales, sino en su acertada percepción de la realidad política norteamericana... En el haber de Albizu hay que incluir además, y en muy señalado lugar, su precursora y sostenida labor de internacionalización del caso de Puerto Rico. En ese

⁶⁴ Díaz Quiñones, *op. cit.*, p. 103.

terreno ha ganado sonados triunfos el independentismo puertorriqueño, y muchos más le quedan por ganar. Todo eso, y su lección de integridad política llevada al grado de un sacrificio personal que difícilmente encuentra parangón en nuestra historia, bastan y sobran para reconocerle a Albizu un lugar eminente en el panteón del procerato puertorriqueño, sin necesidad de mitificaciones ahistóricas que sólo sirven para oscurecer y deformar su verdadera significación.⁶⁵

La pasión con la que José Luis argumenta en su libro responde, además, a su deseo de rescatar y rehabilitar la otra tradición de lucha heroica que se ha dado en nuestro país, la de la clase obrera puertorriqueña. Tradición que hasta ahora ha quedado postergada, aún entre la mayoría de los historiadores independentistas, cuya atención ha sido acaparada por el albizuismo:

Ahora bien; mi profundo y sincero respeto por los nacionalistas sacrificados en la lucha por la independencia no debe ni puede hacerme caer en el error de pensar que sólo el nacionalismo tiene una tradición de lucha heroica en Puerto Rico. Paralelamente a esa tradición existe otra, que es la tradición de lucha de la clase obrera puertorriqueña, lamentablemente ignorada por muchos de quienes hoy propugnan un independentismo socialista en nuestro país... A diferencia de la tradición de lucha del nacionalismo, esa tradición de lucha proletaria es en gran medida una tradición anónima... Pero la historia de esa lucha está registrada en la prensa obrera puertorriqueña y aguarda su rescate por los socialistas de hoy... La reivindicación de esa tradición sería la mejor prueba de que el socialismo puertorriqueño de hoy reconoce sus raíces en la historia de la clase obrera y se identifica con ella.⁶⁶

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 120-1.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 121-3.

V

POR UNA INTERPRETACION MARXISTA DE LA HUELGA DE 1934
(PRIMERA PARTE)⁶⁷

Virtudes y peligros del marxismo

Uno de los méritos principales del libro de José Luis González es su esfuerzo por ofrecernos una interpretación marxista de nuestro pasado histórico. La interpretación materialista de la historia puertorriqueña constituye todavía, lamentablemente, una corriente minoritaria, relativamente subdesarrollada, en nuestro medio. En el pasado nuestra historiografía estuvo dominada por la tendencia a interpretar nuestra sociedad y su pasado a través de las grandes personalidades -los "próceres"- y las grandes ideas, en desmedro de los procesos socioeconómicos fundamentales y las concomitantes luchas de clase.⁶⁸ Aún el libro de Manuel Maldonado Denis -no obstante su título: *Puerto Rico: una interpretación histórico-social-* no logró emanciparse cabalmente de las limitaciones del enfoque tradicional.⁶⁹ Es, pues, motivo de celebración el esfuerzo de José Luis por abrir una brecha y trazar los lineamientos de una visión alternativa, de una interpretación marxista de la sociedad puertorriqueña.

El marxismo constituye, a mi juicio, el mejor instrumento de análisis -el más rico, flexible y esclarecedor- de la realidad

⁶⁷ *Claridad, En Rojo*, 24-30 de junio de 1977.

⁶⁸ Véase la penetrante discusión crítica de la historiografía tradicional en el prefacio de Quintero Rivera a su antología, *Lucha obrera...*, p. 5-11.

⁶⁹ Véase la excelente reseña de Gervasio García, "Apuntes sobre una interpretación de la realidad puertorriqueña", *La Escalera*, vol. IV, núm. 1 (junio 1970), pp. 23-31. En su reseña, García no sólo hace un agudo análisis de las limitaciones del libro de Maldonado Denis, sino que también esboza un programa de trabajo para la nueva historiografía puertorriqueña, programa que apenas comienza a realizarse en los valiosos trabajos del propio García, Angel Quintero Rivera, José A. Herrero, y otros.

social y su desenvolvimiento histórico, pero no es una panacea ni está exento de peligros graves. Mal usado, puede ser funesto: puede convertirse en un enfoque limitante, estrecho y rígido, que produce una visión empobrecida, brutalmente simplificada, de la realidad social, hasta el punto de que puede resultar peor aún que el enfoque tradicional (abundan los ejemplos en la literatura marxista del último siglo). Uno de los peligros principales, que los marxistas a menudo no logran superar, es el de la excesiva generalidad en la explicación. Al abordar la realidad histórica concentrando la atención -con toda razón- sobre las estructuras y los grandes procesos sociales, se corre el riesgo de caer en un esquematismo desmesurado, en el que la explicación general se traga las particularidades, la especificidad de las situaciones y acontecimientos concretos, individuales. Es cierto que los acontecimientos concretos no se pueden entender adecuadamente aislados de sus condiciones históricas generales; pero no es menos cierto que lo general rige y se realiza a través del prisma de lo particular.

Si digo que Descartes fue un filósofo burgués, que su pensamiento refleja la cosmovisión de la burguesía históricamente ascendente del siglo XVII, estoy diciendo algo que es cierto y que es, además, indispensable para una adecuada comprensión de su filosofía (el defecto de las historias de la filosofía tradicionales es precisamente pretender ignorar esto). Pero si sólo me limito a constatar las condiciones históricas del pensamiento cartesiano, tampoco podré entender cabalmente su obra filosófica, pues se me escapa el carácter específico, peculiar, de su forma particular de hacer "filosofía burguesa". Hobbes, Gassendi, Malebranche, Spinoza, etc., fueron también "filósofos burgueses del siglo XVII", pero cada uno lo fue a su manera, de forma peculiar e individualizada. Todos ellos vivieron con Descartes la misma situación histórica general, compartieron la misma cosmovisión fundamental, pero también tuvieron entre sí numerosas -e importantes- diferencias filosóficas.

Lo decisivo -y difícil- es, pues, explicar cómo la misma situación histórica, las mismas condiciones generales repercuten y se manifiestan diferenciadamente a través de los

individuos y acontecimientos concretos. El gran reto para la interpretación marxista es descubrir y exponer las estructuras fundamentales y los procesos sociales de largo alcance que yacen tras la "superficie" de los acontecimientos, sin por ello descuidar o sacrificar la especificidad de lo concreto, de lo particular. Y sólo en la medida en que logre esta difícil y delicada síntesis de lo general y lo particular puede el marxismo realmente ofrecer una visión alternativa de la realidad histórica y social que sea más rica y adecuada que la que nos brindan los enfoques tradicionales.

El maquiavelismo ahistórico

Este extenso preámbulo es necesario para poder ubicar y evaluar el esfuerzo de José Luis en su libro pues creo que él no siempre logra salvar del todo los peligros mencionados. Un ejemplo de ello es la explicación que nos ofrece de la huelga de 1934:

Lo que Albizu no entendió fue que la huelga de los trabajadores cañeros respondía a una crisis del régimen colonial norteamericano en Puerto Rico. Esa crisis era el resultado de una contradicción inherente al desarrollo capitalista de ese régimen. El apoyo que éste le había brindado originalmente al movimiento obrero para llevar a cabo el desplazamiento de la burguesía criolla se había vuelto contra el propio régimen colonial una vez que este desplazamiento se consumó y las corporaciones norteamericanas pasaron a ser el sector patronal más importante.⁷⁰

Antes que nada, cabe señalar que la última oración del texto citado adolece de una formulación desafortunada: sugiere la existencia de una suerte de "maquiavelismo" por parte del régimen, al "apoyar" al movimiento obrero para fastidiar a la burguesía criolla; maquiavelismo que, por una nítida inversión dialéctica, el propio desarrollo histórico transformó en un

⁷⁰ Díaz Quiñones, *op. cit.*, p. 107.

bumerang contra el régimen. Me parece más adecuado decir que el proletariado agrícola surgió como resultado objetivo, histórico, del desarrollo del capitalismo de plantaciones en Puerto Rico (y no por "maquiavelismo" del régimen); y que se benefició en cierta medida de la aplicación en la isla de la legislación laboral norteamericana, no porque el régimen colonial quisiera "apoyar" a los obreros puertorriqueños, sino más bien debido al hecho histórico de que dicha legislación -por ser resultado de las conquistas alcanzadas por la clase obrera de un país capitalista desarrollado- era socialmente más avanzada que las correspondientes leyes del anacrónico, decadente y obtuso régimen español. Esto último lo reconoce el propio José Luis en otra parte de su discusión,⁷¹ por lo que debemos suponer que, en el texto que discutimos, se trata más bien de una formulación descuidada y no de un error de fondo en la concepción del problema.

Una crítica necesaria pero insuficiente

La explicación de la huelga de 1934 es demasiado genérica y esquemática. El planteamiento de José Luis -en términos de la contradicción inherente al sistema capitalista-colonial- explica demasiado, pues vale igualmente para todo el período histórico, desde mediados de la década del 20 hasta principios de la del 40; vale no sólo para todos los conflictos huelgarios de esa época, sino también para el desplome de la producción tabacalera, el estancamiento de la industria azucarera, el desempleo rampante, e incluso para el surgimiento del PPD. Al encuadrar la huelga de 1934 en un marco explicativo tan amplio y general, se pierde la especificidad de la misma, su peculiaridad como acontecimiento histórico concreto. Se descuida, por tanto, el problema central: explicar cómo la crisis general de los años 30 repercute y se manifiesta concretamente en el drama particular de esta huelga específica. Sobre todo, este enfoque excesivamente amplio lleva a soslayar lo que he llamado la

⁷¹ *Ibid.*, pp. 102-3.

gran tragedia de esta huelga: el hecho de que los huelguistas se vieron forzados a luchar, al mismo tiempo, contra los patronos y contra su propio instrumento de lucha sindical. José Luis, es cierto, menciona este hecho al comenzar su discusión de la intervención de Albizu en esta huelga:

Los trabajadores cañeros en huelga recurrieron a Albizu porque ya no confiaban en sus propios dirigentes comprometidos con el régimen.⁷²

Pero sólo lo menciona como embocadura a su exposición y no vuelve a referirse más a esto, de modo que este hecho no juega ningún papel en su explicación de la huelga. Creo, en cambio, que éste es un aspecto decisivo, crucial, que define la fisonomía peculiar de esta huelga como acontecimiento histórico concreto. Aún más, creo que aquí radica precisamente la causa fundamental del fracaso del movimiento huelgario: la peculiaridad de la situación hacía que la lucha fuera demasiado "cuesta arriba" para los huelguistas, por lo que estaban virtualmente derrotados de antemano. Como he señalado anteriormente, la situación requería que los obreros en huelga articularan un movimiento rebelde que fuera capaz de luchar no sólo contra las empresas azucareras, sino también de competir eficaz y exitosamente con la organización sindical existente por el respaldo de los obreros cañeros. Pero un movimiento de tal envergadura, con la suficiente fuerza y cohesión organizativa, difícilmente se puede cuajar de la noche a la mañana, sino que suele requerir un arduo y prolongado proceso de gestación y maduración.

Al descuidar esta problemática particular, José Luis es, en cierta medida, injusto con Albizu:

...para dirigir con éxito aquella huelga Albizu hubiera tenido que renunciar a su independentismo burgués y conservador para asumir un independentismo

⁷² *Ibid.*, p. 106.

proletario y popular, con todas las implicaciones programáticas que ello suponía.⁷³

Es cierto que esto era una condición necesaria para Albizu poder dirigir con éxito el movimiento huelgario. No era, sin embargo, una condición suficiente. Aquí radica la injusticia que José Luis le hace a Albizu: pues, contrario a la impresión que tiende a crear en el lector su discusión de la huelga, Albizu y los nacionalistas no fueron los únicos que fracasaron en sus esfuerzos por organizar a los obreros en huelga. José Luis no menciona que los socialistas disidentes (el grupo Afirmación Socialista) y los comunistas -a pesar de que no estaban lastrados por las limitaciones ideológicas de Albizu y los nacionalistas- también fracasaron rotundamente en sus esfuerzos por canalizar positivamente el descontento de los obreros cañeros.

La disidencia en la Federación Libre

De los grupos que intervinieron a favor de los huelguistas, Afirmación Socialista fue, de hecho, el más importante. Su fracaso nos da, pues, una medida de cuán difícil, cuán "cuesta arriba" era la lucha a la que se enfrentaban los obreros en huelga.

Contrario a los nacionalistas, los integrantes de Afirmación Socialista eran personas con profundas raíces en la clase obrera, que habían sido, por décadas, líderes y militantes destacados de la Federación Libre y del Partido Socialista. Por ejemplo: Tadeo Rodríguez García, quien presidía el grupo disidente, había sido miembro fundador de la Federación y del Partido Socialista, y por mucho tiempo fue oficial prominente de ambas organizaciones, siendo candidato obrero a senador por tres períodos sucesivos; además, se había destacado como líder obrero en todas las grandes jornadas de lucha a lo largo de las primeras tres décadas de este siglo. Los demás integrantes de Afirmación Socialista tenían historiales igualmente

⁷³ *Ibid.*, p. 107.

distinguidos.⁷⁴ Por otra parte, todos ellos se habían opuesto y combatido -desde hacía años- a la política de colaboración de clases, y planteaban la necesidad insoslayable de una lucha obrera militante y radical. Así, pues, si algún grupo constituía un reto serio para el alto liderato de la Federación y el Partido Socialista, era el grupo de los socialistas disidentes.

El grupo se lanzó de lleno a la tarea de organizar y movilizar la rebeldía de los obreros en huelga; inicialmente, tuvieron relativo éxito. Por ejemplo, varios de sus líderes hacen, el viernes 12 de enero, un extenso recorrido por toda la zona oriental del país, enfrentándose en pueblo tras pueblo a los emisarios de la FLT en careos directos frente a las masas trabajadoras, o en mítines rivales; en la mayoría de los casos, la posición "rebelde", de repudio al convenio, logra imponerse a la posición de la Federación Libre.⁷⁵ Pero ya durante el mismo fin de semana, la "maquinaria" de la FLT comienza a hacer sentir su peso y aparecen señales de debilitamiento del movimiento huelgario. En varios pueblos de la región, grupos considerables de obreros comienzan a reintegrarse a sus labores en la zafra (En esos mismos días, por otra parte, Albizu interviene en la huelga, celebrando mítines muy concurridos en diversos pueblos de la zona sur-oriental). Poco después, los socialistas disidentes se repliegan: el 16 de enero publican una declaración firmada por sus líderes principales (Tadeo Rodríguez, Florencio Cabello, Luis V. Pino y otros) en la que exhortan "a los trabajadores socialistas que acepten el convenio bajo protesta".⁷⁶

La documentación disponible es muy limitada y fragmentaria, por lo que sólo puedo adelantar juicios preliminares, tentativos, al respecto. Aparentemente, los socialistas disidentes consideraron que, en las circunstancias del momento, no podían prevalecer, de forma decisiva, sobre el alto liderato Federacionista y Socialista por lo que persistir en el

⁷⁴ Quintero Rivera, *Lucha obrera...*, pp. 110-1.

⁷⁵ Véase el reportaje sobre estos incidentes en *El Imparcial*, 15 de enero de 1934.

⁷⁶ *El Mundo*, 16 de enero de 1934.

repudio intransigente del convenio sólo redundaría en una división del movimiento obrero y el debilitamiento de sus organizaciones -lo cual sólo beneficiaría a los enemigos de clase, los grandes intereses capitalistas. Podemos especular, además, que los integrantes de Afirmación Socialista tienen que haber visto en la intervención de Albizu un arma de doble filo: si bien tendía a dramatizar y fortalecer el descontento de los obreros cañeros, también tendía a minar los cimientos de los instrumentos históricos de la lucha obrera. Los textos disponibles patentizan que los integrantes de Afirmación Socialista consideraban que la Federación Libre y el Partido Socialista eran todavía organizaciones viables, de sumo valor como instrumentos de lucha de la clase obrera puertorriqueña. Florencio Cabello, por ejemplo, hace el siguiente llamado:

Toca a vosotros, a todos aquellos compañeros altruistas y desinteresados, poner coto al mal, que cual ala devastadora amenaza con destruir el hermoso edificio de nuestra gloriosa organización. No soy escritor ni periodista, estimados camaradas, pero como sucede en nuestras alturas campesinas en momentos dados en que no aparece el médico y la enfermedad es grave, cualquier campesino se transforma en médico "yerbatero", hasta yo en estos momentos en que veo en peligro la vida de la Federación Libre y el Partido Socialista, garrapateo estas líneas para poner en guardia a los verdaderos defensores de los nobles y sublimes ideales de redención obrera.⁷⁷

Para ellos, el mal radicaba exclusivamente en el liderato corrupto, degenerado, que se había entronizado en estas organizaciones; por ello, se proponen luchar desde dentro por la renovación de estas instituciones, por reemplazar sus líderes actuales y restaurar en estas organizaciones obreras su viejo espíritu de lucha de clases:

⁷⁷ Reproducido en Quintero Rivera, *Lucha obrera...*, pp. 106-7.

Iniciamos esta lucha de afirmación socialista, desde el propio instante en que la torpeza, el interés y la ambición logrera, intentaron destruir nuestra vida organizada... Nuestra acción va encaminada contra los directores del Partido Socialista, que vienen manejando los intereses colectivos del partido, como si se tratara de cosas privativas y personales... Hagamos que dentro de nuestra colectividad, la fuerza de la razón y de la justicia, vuelva al imperio de su libre ejercicio, porque así lo demanda el interés del pueblo, y por qué no decirlo, de la Nación... Nuestra afirmación es noble y por ser tal es que no queremos que los menos aptos, los menos preparados hagan que naufrague la nave ideal de un conglomerado que, sin los obstáculos y deficiencias que señalamos, ha podido asegurar lo mejor para la vida de este pueblo. Queremos cambiar la dirección de nuestra colectividad, porque el poder en manos de la ignorancia conduce fatalmente al abismo...⁷⁸

Pero subestimaron fatalmente la fuerza que todavía retenía el liderato establecido y sobreestimaron las posibilidades de una renovación interna: los integrantes de Afirmación Socialista no tardan en ser expulsados del Partido -el 8 de febrero-⁷⁹ y el movimiento "rebelde" se disuelve.

La contestación comunista

Por otra parte, los esfuerzos de los comunistas tampoco tuvieron éxito, no obstante el hecho de que, si algún grupo encarnaba en aquel momento la exigencia de un "independentismo proletario y popular" que José Luis formula en el texto antes citado, eran precisamente los comunistas. Un factor que, sin duda, afectó adversamente los esfuerzos de los comunistas fue el hecho de que, en aquel momento, no

⁷⁸ Manifiesto de Afirmación Socialista; reproducido en *ibid.*, pp. 108-110.

⁷⁹ Véase el documento de expulsión, reproducido en *ibid.*, pp. 111-117.

constituían un movimiento sólido, sino que estaban fragmentados en una serie de grupos pequeños, dispersos por la isla, sin verdadera cohesión y unidad organizativa. Pero los comunistas no se desanimaron, y persistieron en sus esfuerzos. El 23 de septiembre consolidan sus fuerzas al fundar formalmente el Partido Comunista Puertorriqueño y se lanzan sin vacilación a la tarea de prepararse adecuadamente, con suficiente antelación, para la próxima jornada de lucha sindical (la próxima zafra comenzaba en diciembre de ese año). El 14 de octubre celebran en Ponce la Primera Conferencia Nacional de Obreros Azucareros, con delegados obreros de doce colonias y tres importantes centrales (Guánica, Aguirre y Mercedita) de la zona sur de la isla. Aquí constituyen una nueva organización laboral, el Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), establecen las demandas básicas y trazan la estrategia a seguir en el próximo conflicto huelgario.⁸⁰ Pero tampoco estos esfuerzos de los comunistas prosperaron en la zafra de 1934-5.

Conviene examinar con algún detenimiento estos fracasos, pues son sumamente reveladores de la complejidad y dificultades de la problemática sindical puertorriqueña en aquellos años.

⁸⁰ Afortunadamente, se conserva un ejemplar del documento principal de esta conferencia, titulado "Autodefensa para el cañaveral", en la colección personal de Juan Antonio Corretjer, quien lo reprodujo íntegramente en el *Correo de la Quincena* de la Liga Socialista Puertorriqueña, vol. IX, núms. 165-7 (del 30 de sept. al 1 nov. de 1972).

VI

POR UNA INTERPRETACION MARXISTA DE LA HUELGA DE 1934
(SEGUNDA PARTE)⁸¹

En las páginas anteriores describí sumariamente los esfuerzos que los comunistas realizaron por organizar el descontento de los obreros cañeros durante los años 1934 y 1935; señalé además que las gestiones de los comunistas no tuvieron éxito apreciable. Estos fracasos son muy significativos, ya que los comunistas eran los que mejor encarnaban, en aquel momento, la exigencia de un "independentismo proletario" que José Luis González plantea en su libro. Conviene, pues, examinar el caso de los comunistas con algún detenimiento.

Aunque carecían del arraigo en el movimiento sindical existente que tenían los líderes Federacionistas, los comunistas no eran personas desvinculadas o enajenadas (como sucedía con los nacionalistas) de la clase obrera puertorriqueña. Como marxistas, tenían plena conciencia de la importancia de la lucha obrera; y muchos de ellos habían sido, por años, miembros destacados del "ala izquierda" del Partido Socialista. Además, en febrero de 1934, se une a ellos Alberto E. Sánchez, quien no tarda en convertirse en el principal dirigente comunista del país (al fundarse oficialmente el PCP en septiembre de 1934, Sánchez es electo Secretario General, posición que ocupará hasta principios de la década del 40). Sánchez era un luchador y organizador obrero de extraordinario talento y amplia experiencia. Había emigrado a los Estados Unidos en 1926; en Nueva York participó en las actividades y luchas de la comunidad hispana -no sólo puertorriqueña, sino también cubana, dominicana, venezolana, etc.; ingresó en 1928 al Partido Comunista norteamericano.⁸² Trabajó en diversos talleres y

⁸¹ *Claridad, En Rojo*, 1-7 de julio de 1977.

⁸² Para un amplio y rico cuadro de la vida y luchas de la comunidad hispana en Nueva York, véase el fascinante testimonio del viejo luchador -tabaquero, patriota y socialista militante- Bernardo Vega,

fábricas de la región (incluso en la fábrica de automóviles de la Ford en Nueva Jersey), en los que participa militantemente en numerosas luchas sindicales. En adición a su experiencia industrial, también adquirió una amplia y valiosa experiencia en el campo agrícola: el Partido Comunista lo envió al estado de Colorado para organizar a los obreros -en su mayoría de origen mexicano- de la industria de azúcar de remolacha; labor que realiza con notable éxito y que culmina con la importante -y sonada- huelga de la remolacha de mayo de 1932 (la intensidad de esta lucha se desprende del hecho que esta huelga dejó un saldo de dos muertos, 40 heridos y más de 600 obreros arrestados). Ese mismo año regresa a Nueva York para reanudar su trabajo con la comunidad hispana y desempeñarse como propagandista para América Latina de la IIIa Internacional; a fines de 1932, realiza un viaje de tres meses a la Unión Soviética. En febrero de 1934 regresa a Puerto Rico como representante de la Internacional para ayudar a organizar definitivamente el Partido Comunista Puertorriqueño.⁸³ En suma, Sánchez era un aguerrido organizador obrero que, por su sólida formación, amplia experiencia y enorme capacidad de trabajo, estaba eminentemente capacitado para trabajar eficazmente con el movimiento obrero puertorriqueño.

Por otra parte, los comunistas tenían una abarcadora y profunda comprensión de la problemática social puertorriqueña. Como marxistas, no abrigaban ilusiones respecto al reformismo y planteaban la necesidad de una lucha revolucionaria para emancipar a nuestra sociedad tanto del capitalismo como del colonialismo (los comunistas siempre plantearon como necesidad impostergable la independencia nacional). En el caso específico de la lucha sindical, también tenían una visión más clara y aguda que los demás grupos.

recogido en: *Memorias de Bernardo Vega*. Editadas por César Andreu Iglesias. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977.

⁸³ Véase la extensa entrevista (realizada, probablemente, por César Andreu) publicada en el periódico *Verdad*, vol. I, núms. 2-5, (1940). También hay un artículo biográfico más breve en: Asociación de Choferes, *Album*. Mayagüez, 1941, p. 76.

Contrario a los nacionalistas, reconocían la necesidad de luchar no sólo contra los intereses capitalistas extranjeros, sino también contra los "del patio":

Los responsables de este régimen además de los trusts yankis son los magnates nativos de la industria azucarera que comparten las utilidades con las empresas imperialistas, en la explotación brutal de las masas obreras y de los colonos.⁸⁴

Contrario a los líderes de la FLT y el Partido Socialista, los comunistas planteaban la necesidad de una lucha combativa y rechazaban tajantemente la política de componendas y chanchullos:

La lucha enérgica es el único camino, y hacia ella debemos prepararnos... Y tan pronto como estén maduras las condiciones debemos lanzarnos a las trincheras de la huelga. De frente al enemigo. De clase contra clase en el frente económico. Rechazando toda clase de intermediarios que traten de interponerse entre los Comités de Huelga amplios surgidos por la propia base y compuestos de los más aguerridos soldados de la contienda. Ni árbitros, ni mediadores ni la agencia de rompe-huelgas que se conoce con el nombre de "Comisión de Mediación y Conciliación", ni gente "inteligente" de ninguna clase, debemos aceptar que interceda en nuestra lucha. La dirección bajo nuestro control; todos los pasos decisivos a ser discutidos por la masa, en asambleas generales soberanas. Lucha independiente, tal debe ser nuestra táctica.

La victoria no se obtendrá por "influencia" ni porque al frente de la huelga estén las personas más "inteligentes" de la comarca. La derrota del enemigo sólo es posible si hacemos de la huelga una huelga

⁸⁴ Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), "Autodefensa para el cañaveral" (1934), reproducido en: Liga Socialista Puertorriqueña, *Correo de la Quincena*, vol. IX, núms. 165-7 (1972).

combativa, dirigida por los obreros más decididos, organizando piquetes de huelga de masas que impidan el empleo de rompehuelgas, constituyendo *comisiones de auxilio* que recojan productos para ser distribuidos entre los huelguistas, creando *grupos de auto-defensa* que actúen para contestar los ataques de las fuerzas del enemigo, desplegando la más amplia *movilización de masas*, a través de mítines y demostraciones y dando *una tarea para cada huelguista*.⁸⁵

Por último, contrario al grupo Afirmación Socialista, los comunistas percibían claramente que el problema de la clase obrera no radicaba exclusivamente en el liderato degenerado de la FLT, sino que también había un mal de fondo en la estructura organizativa misma de la Federación Libre. Ellos planteaban que la forma tradicional, que prevalecía en la FLT, de organizar a los obreros por oficios resultaba ya anacrónica a la luz de los importantes cambios ocurridos en la composición de la clase trabajadora, donde los obreros semi-diestros y no-diestros estaban predominando numéricamente sobre los artesanos u obreros diestros (amén del enorme ejército de desempleados). Se imponía, pues, crear sindicatos industriales, que agruparan a todos los trabajadores de una industria, irrespectivamente de si eran diestros o no-diestros:

Estas victorias podrán ser consolidadas si al mismo tiempo sentamos las bases para constituir un sindicato revolucionario, de clase, que una a todos los obreros de la industria azucarera, desde las labores de la siembra y recolección, hasta los trabajos del ingenio, del ferrocarril y del almacén, es decir, *un sindicato de industria en escala nacional*, que una a todos los obreros de la azúcar.⁸⁶

⁸⁵ *Loc. cit.* (Énfasis en el original).

⁸⁶ *Loc. cit.* (Énfasis en el original).

Este planteamiento está influenciado, seguramente, por el ejemplo del proceso de gestación, en Estados Unidos, del Congress of Industrial Organizations (CIO).⁸⁷

Las razones del fracaso

Ahora bien, si los comunistas tenían gente de gran talento y capacidad organizativa, y si además tenían una comprensión más clara y aguda de la realidad social y de las exigencias de la lucha sindical, ¿por qué tuvieron tan poco éxito sus esfuerzos durante los años 1934 y 1935?

Un factor de peso fue, ciertamente, la debilidad y pequeñez numérica del PCP, que no tenía ni remotamente los recursos humanos y materiales de que disponía la "maquinaria" de la FLT. Pero este factor, aunque importante, no es suficiente, a mi juicio, para explicar adecuadamente los fracasos de los comunistas. El PCP siguió siendo un partido relativamente pequeño en los años siguientes y, a pesar de ello, logró ejercer - en las postrimerías de la década del 30- una influencia enorme, totalmente fuera de proporción a su reducido tamaño, sobre el movimiento obrero puertorriqueño. Recordemos tan sólo los logros más destacados: la constitución, en 1937, de la Asociación de Choferes (con Sánchez de Secretario General), que fue de los sindicatos más importantes e influyentes de la época;⁸⁸ la gran huelga portuaria de 1938; y la fundación de la CGT en 1940. ¿Qué pasó entonces en 1934 y 1935? ¿Por qué no pudieron los comunistas, en aquel momento, realizar plenamente su potencial?

César Andreu Iglesias señala que, además de carecer de un arraigo sólido en las organizaciones sindicales existentes, los comunistas estaban limitados por el siguiente problema fundamental:

⁸⁷ Para una discusión más amplia de esta problemática sindical, véase mi libro, *César Andreu Iglesias...*, cap. II.

⁸⁸ Véase Quintero Rivera, *La base social...*, pp. 66-68.

De otro lado, se iniciaron con una política sindical totalmente sectaria. Sobreestimando el repudio de los trabajadores, no se limitaron a combatir al alto liderato oportunista de Santiago Iglesias, sino que pretendieron que los trabajadores desecharan a la FLT y formaran filas en nuevas organizaciones. Sin vinculación alguna con los trabajadores organizados, concentraron todo su esfuerzo en la organización de sindicatos paralelos a los de la FLT. Esta política, inevitablemente, fomentaba el divisionismo, y lejos de contribuir al desarrollo de la conciencia sindical de la clase obrera, ayudaba a desarmarla y a retrasar su organización. Las fuerzas débiles que lograban reunir resultaban impotentes para alcanzar el mínimo de triunfos inmediatos indispensables para levantar la moral de victoria de los trabajadores.⁸⁹

Esta línea sectaria se manifiesta claramente en el documento del SNOIA citado anteriormente. Los comunistas expresan un desprecio profundo, total, por el liderato Federacionista: éstos son "traidores", "rompehuelgas", que "descaradamente" sirven a los intereses capitalistas, etc. El desprecio llega a tal punto que pueden hacer afirmaciones extremas y desmesuradas:

...los líderes de la Federación *siempre sabotearon* las luchas y la organización de los obreros azucareros... El camino a seguir no es nuevo. Nos lo han trazado nuestras anteriores generaciones. La experiencia es cuantiosa *en los años anteriores a 1910*. Tiempos de la Federación Libre que no volverán porque sus líderes se han pasado al ejército enemigo, traicionando descaradamente a los obreros y campesinos de Puerto Rico.⁹⁰

Basta recordar las grandes huelgas cañeras de 1915 y 1916, dirigidas por la FLT, para comprobar la considerable distorsión

⁸⁹ Andreu Iglesias, "El movimiento obrero...", p. 15.

⁹⁰ *Loc. cit.* (énfasis nuestro).

histórica que encierran estos planteamientos críticos del SNOIA. Al despreciar tan profundamente a los líderes de la FLT, los comunistas subestimaron fatalmente la fuerza real que aquéllos todavía tenían y se lanzaron a una lucha frontal, a rajatabla, contra la Federación Libre, lucha que, por su falta de realismo, no podía menos que fracasar.

Los comunistas abandonaron esta política sindical sectaria e intransigente durante la segunda mitad de la década del 30, sustituyéndola por una línea más flexible y realista:

En ese sentido comenzaron a orientarse los comunistas a mediados de la década del 30... Durante este período se luchó dentro y fuera de la FLT. Allí donde los trabajadores se sentían aún identificados con el viejo liderato socialista, la lucha se llevaba a cabo dentro de las filas de la FLT. Por el contrario, allí donde los trabajadores no estaban organizados, o donde habiendo estado organizados, se sentían decepcionados por los viejos líderes, se planteaba la organización de sindicatos independientes. En una u otra forma, lo que importaba era organizar a los trabajadores para la lucha.⁹¹

La superioridad de esta orientación más flexible y realista no tardó en evidenciarse. Como ya he indicado, los comunistas logran, en la segunda mitad de la década, una serie de impresionantes triunfos sindicales, culminando con la fundación de la CGT en 1940.

Pero, ¿por qué asumieron una política tan desastrosa en 1934 y 1935? ¿Por inexperiencia? No creo que ésta sea una razón suficiente. Después de todo, los comunistas no eran, en modo alguno, neófitos en la lucha social; Alberto Sánchez, en particular, era un veterano y experimentado organizador sindical. ¿Cómo pudo, pues, caer en el error craso de despreciar y subestimar tan profunda y fatalmente al liderato

⁹¹ Andreu Iglesias, "El movimiento obrero...", pp. 16-17.

Federacionista? Me sospecho que la clave está en el hecho de que, no obstante su amplia experiencia y su abarcadora comprensión de la realidad social, Sánchez y los demás comunistas estaban lastrados por una seria -y funesta- limitación ideológica que desvirtuaba sensiblemente su visión marxista de la realidad y les impedía en aquel momento enfrentarse adecuada y eficazmente a la problemática social de su país.

El lastre de la Tercera Internacional

Cabe recordar que en la IIIa Internacional -a la que el PCP estaba afiliado- prevalecía en aquel momento una orientación política y estratégica "ultraizquierdista", totalmente sectaria. Ilusionados por la profunda crisis económica por la que atravesaban los principales países capitalistas, se confiaba en el inminente desplome del sistema y el advenimiento de la revolución comunista. Desde esta perspectiva de catástrofe próxima, poco contaban las diferencias que existían entre, por ejemplo, la sociedad democrático-burguesa inglesa y el fascismo imperante, desde 1928, en Italia: lo fundamental era que ambas, como sociedades burguesas, estaban en vísperas de derrumbarse y desaparecer definitivamente del escenario histórico. Había, pues, que concentrar todos los esfuerzos en preparar el camino para la revolución social que se avecinaba y, en primera instancia, fortalecer ante todo al movimiento comunista, que estaba llamado a dirigir el inminente proceso revolucionario. Esta óptica cataclísmica llevaba a ver en los movimientos reformistas y los partidos social-demócratas el peligro principal, peor aún que el mismo fascismo (esto se siguió sosteniendo aún después del ascenso de Hitler al poder en 1933); pues estos sectores, al cultivar ilusiones respecto a las instituciones democráticas de la sociedad burguesa, estaban defendiendo, objetivamente, al sistema capitalista. De esta manera obstaculizaban el desarrollo de la revolución, ya que sólo sembraban confusión en la clase trabajadora, cuando la hora ya había llegado para desencadenar el asalto final al capitalismo. Se llegó a considerar que el "golpe principal" de los comunistas

debía ir dirigido contra los social-demócratas, a los cuales solían referirse con el epíteto de "social-fascistas".

Esta orientación estratégica, elaborada para los países capitalistas desarrollados, se trasladó también a lo que la Internacional designaba como "regiones coloniales": la línea fundamental a seguir era desarrollar un movimiento obrero revolucionario, totalmente independiente y depurado de elementos reformistas, social-demócratas, o sus equivalentes, a los cuales había que hacerle una guerra implacable.

Huelga decir que esta política, por su carácter tan sectario y poco realista, fue funesta no sólo en Europa sino también en el resto del mundo. Pero el hiperradicalismo sectario prevaleció en la IIIa Internacional hasta el VII Congreso Mundial, celebrado en el verano de 1935, en el que se anunció -en el célebre discurso de su Secretario General, Jorge Dimitrov- un viraje total, de 180 grados: ahora se reconocía que el enemigo principal de la humanidad era el fascismo y se instruía a todos los comunistas del mundo a laborar por la creación de "frentes populares amplios" para llevar a cabo la lucha anti-fascista y en defensa de la "democracia". Estos frentes amplios debían incluir no sólo a los social-demócratas, sino también a los partidos burgueses liberales y a todos los demás sectores de la sociedad que se opusieran al fascismo. Traslada a las regiones coloniales, la nueva estrategia implicaba que los comunistas debían seguir una línea flexible -de cooperación en todo lo posible- respecto a los sectores y movimientos "reformistas", liberales, etc.⁹²

No es sorprendente, a la luz de estas peripecias de la concepción estratégica de la Internacional, que los comunistas puertorriqueños adoptaran en 1934 una actitud de desprecio total y de guerra frontal contra la FLT y el Partido Socialista (pues su socialismo "amarillo" constituía precisamente el peligro principal según la concepción del momento); y que, a

⁹² El libro de Kermit McKenzie, *Comintern and World Revolution: 1928-13*. Nueva York, Columbia University Press, 1964, ofrece información útil al respecto.

partir del viraje proclamado en el VII Congreso de la Internacional, adoptaran una línea mucho más flexible y realista en el campo sindical.

El desenfoque compartido

Vemos, pues, que no sólo los nacionalistas, sino también los comunistas estuvieron lastrados por graves limitaciones ideológicas (aunque de índole muy diversa, claro) que los incapacitaban para bregar adecuadamente con la problemática de la huelga de 1934. Es sólo cuando se despojan de sus "gríngolas" ideológicas (a partir del viraje de 1935), que Alberto Sánchez y los demás comunistas pueden realizar plenamente las potencialidades inherentes a su visión marxista de la realidad social y a su enorme capacidad organizativa, lo cual se reflejó en los antes mencionados resultados positivos que logran con sus esfuerzos en las postrimerías de la década del 30.

Si me he detenido tanto en el caso particular de los comunistas, se debe no sólo a su interés e importancia intrínsecos, sino también porque me parece imprescindible para corregir en cierta medida la discusión un tanto desbalanceada que José Luis nos ofrece en la *Conversación* del papel histórico de los comunistas puertorriqueños. En su empeño -que yo comparto plenamente- de rescatar del olvido y rehabilitar la aportación histórica del PCP, José Luis tiende a "cargar la mano", a presentarnos un cuadro idealizado de los comunistas. Estos aparecen a menudo en su libro como los "héroes" preclaros, los únicos que entendían lo que sucedía en el país, y que, injustificadamente, por meros prejuicios de clase, fueron rechazados e ignorados por los demás sectores independentistas.

...los comunistas han sido los verdaderos herederos del mejor pensamiento revolucionario puertorriqueño del siglo diecinueve, el que tuvo por máximos exponentes a Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos. Pero ese independentismo comunista, basado en un declarado interés de clase, siempre fue visto como una herejía por los independentistas burgueses, que no

querían o no podían entender que su independentismo era también un independentismo de clase, y por eso se concebían a sí mismos como los representantes de una "patria" o de una "nación" abstractas.⁹³

Es cierto que, como regla general, los comunistas (gracias a su enfoque marxista) han tenido una comprensión más abarcadora y profunda de la realidad puertorriqueña. Y también es cierto que han tenido que sufrir los efectos de prejuicios clasistas y del anticomunismo arraigado en nuestro medio. Pero no es menos cierto que los propios comunistas contribuyeron también, y en no poca medida, a producir la situación de suspicacia y recelo de la que se lamenta José Luis. La historia de los comunistas puertorriqueños es, ciertamente, una historia heroica y digna de admiración; pero también comprende su buena dosis de cegueras, torpezas y dislates. Esta es una realidad indiscutible, que tiene, claro está, su explicación histórica; pero es una realidad que no se puede ni se debe obviar. En suma: si bien es cierto que ya es hora de hacerle justicia a las significativas aportaciones de los comunistas a la historia de las luchas emancipadoras de nuestro pueblo, es preciso hacerlo con la misma actitud implacablemente realista y rigurosa que exigimos para el caso del albizuismo.

⁹³ Díaz Quiñones, *op. cit.*, pp. 97-98.